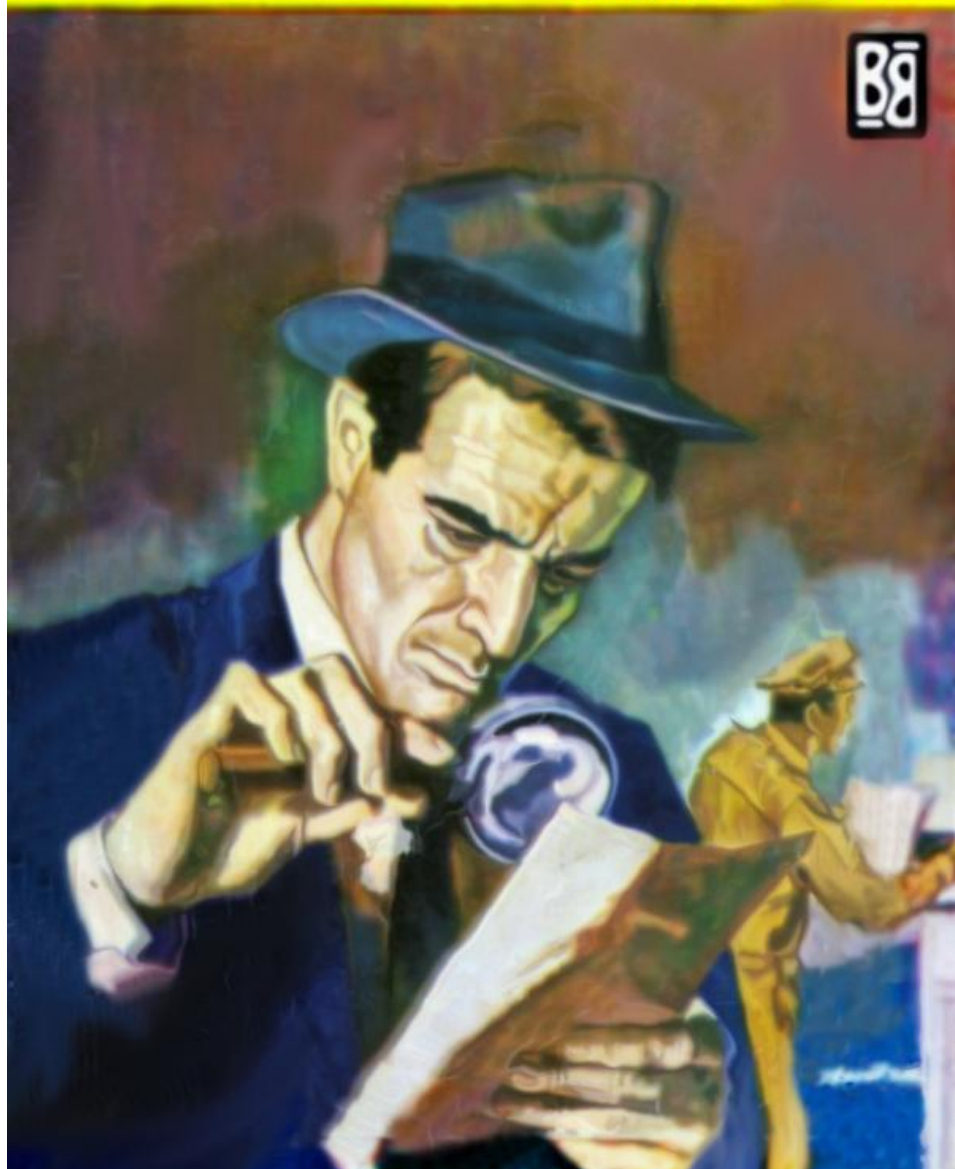
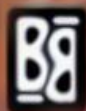


PUNTO
ROJO

cartas de sangre

burton hare



CARTAS DE SANGRE



BURTON HARE

CARTAS DE SANGRE



Col. PUNTO ROJO n.º 174

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17859 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: agosto - 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© JORGE NUÑEZ - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4121/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

171. — ...Y trajeron el infierno.

En Colección SERVICIO SECRETO:

733. — La muerte llegó a las Bahamas.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

72. — El criminal siempre vuelve.

CAPÍTULO PRIMERO

Era una mañana en la que lucía el sol con toda la alegría primaveral de California. Durante la mayor parte de la noche pasada había llovido y la tierra todavía estaba húmeda y despedía una fragancia suave y agradable. Podría decirse que era una mañana perfecta.

Tal vez por eso yo estaba de mal humor, aunque a decir verdad me encuentro así todas las mañanas cuando salgo de la cama. Por regla general, ese estado de ánimo se disipa a medida que pasan las horas y alcanza el punto de máxima euforia cuando se acerca la noche.

Bueno, sea como sea, aquélla era una de mis mañanas negras.

Entonces alguien golpeó tímidamente sobre el cristal de la puerta exterior del despacho. Gruñí algo y ella entró.

El verla fue suficiente para quitar los pies de encima de la mesa. Si hay una clase de personas que uno no espera ver jamás en la oficina de un detective privado, no hay duda que ella era el prototipo.

Me pareció que no pasaría de los veinte años si es que los tenía, aunque había crecido mucho para su edad. Y su cuerpo también se había dado prisa para demostrar que debajo del sencillo vestido primaveral se apretujaban las agresivas formas de una mujer.

Tenía un rostro encantador, dulce y carente de todo afeite a excepción de un ligero toque en los gordezuelos labios. Su cabello era negro y brillante y lo llevaba liso y peinado hacia atrás.

Su expresión turbada, ingenua, me dejó mudo unos instantes.

Todavía estaba tratando de adaptarme a su sorprendente presencia cuando dijo:

—¿Es usted el detective?

Su voccecita apenas si se oyó.

—Me llamo Leighton —dije—. Mann Leighton.

—Pero es usted realmente el detective, ¿no?

—¿Es que no ha leído el rótulo que hay sobre el cristal de la puerta?

Tal vez hablé con demasiada brusquedad. La chiquilla pareció a punto de llorar y sus grandes ojos me miraron con reproche.

—Necesito estar segura de que... Bueno, es la primera vez que hago una cosa como ésta...

—¿Qué cosa?

—Venir a verle a usted.

—Indudablemente; nunca la había visto antes. ¿No quiere sentarse?

Lo hizo tímidamente. La falda de su vestido le quedó unas pulgadas más arriba de las rodillas y la parte de anatomía que dejó al descubierto no tenía nada de niña. Ella se apresuró a tirar de la falda para cubrir el bello panorama, aunque apenas si consiguió nada excepto acentuar más si cabe la perfección de sus piernas.

—Ahora dígame cómo se llama y qué puedo hacer por usted. No le importe si soy un poco rudo. Es debido a la hora.

—¿A qué?

—Nada, olvídalo.

—Bueno, me llamo Cintia Loring, ¿sabe?

—Adelante.

—Se... Bueno, yo...

Calló. Seguí mirándola, interrogante. O tal vez fuera que me gustaba ver algo tan fresco, limpio y suave como no recordaba haber contemplado desde mis años de escuela.

Al ver que no la animaba aspiró aire y soltó de un tirón:

—Se trata de tío Charlie, eso es...

Asentí con un gesto, sin dejar de mirarla. Repitió la profunda aspiración y rompió a hablar a sacudidas, con voz temblorosa.

—En realidad, no es mi tío, aunque yo lo llamo así. No es ni siquiera familiar mío, ¿entiende?

—Ni una palabra.

—Oh, claro, usted no sabe... Tío Charlie me permitió vivir con él cuando murieron mis padres en un accidente de coche, hace cinco años. Era muy amigo de papá. Vivíamos al otro lado de la

calle, en una casa que hube de abandonar. El me recogió..., es un anciano tan bueno...

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé; supongo que unos sesenta años. Vino a vivir a nuestra calle un año antes de que murieran mis padres y ya tenía todo el cabello gris...

—Está bien, ¿qué le pasa a tío Charlie ahora?

Estuvo unos segundos mirándome, dudando entre seguir o marcharse al creer que me burlaba de ella. Mi humor seguía agrio, a pesar de su reconfortante presencia.

—Está raro —murmuró.

—Hay mucha gente que está rara en estos tiempos, niña, y no por eso recurren a un detective. Explíquese mejor, ¿quiere?

—Usted no comprende... Tío Charlie es el hombre más bueno y cariñoso del mundo. Siempre me ha rodeado de afecto. Bueno, ahora es distinto, ¿sabe? Está asustado, eso es; asustado, ¿comprende?

—¿De qué tiene miedo?

—No lo sé. He venido a verle para que trate de ayudarlo.

—Escuche, pequeña; aunque yo aceptase ese trabajo, si él no quiere que un extraño meta las narices en sus asuntos no conseguiremos nada. Además, tal vez son figuraciones tuyas, Cintia.

—¡Oh, no! Desde aquella llamada que no es el mismo hombre. Se ha vuelto desconfiado, agresivo. Cada noche, cuando yo me he acostado, él recorre todo el caserón examinando cada ventana, cada puerta, para asegurarse de que están bien cerradas. Eso no lo había hecho nunca hasta la noche que le llamaron por teléfono.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mes poco más o menos.

—Y durante el día, ¿también da muestras de temor?

—No con tanta claridad, sobre todo cuando estoy cerca de él. Intenta disimularlo, usted sabe, pero está siempre alerta, vigilante. No abre la puerta a nadie sin haberse asegurado antes de la identidad del visitante. Me ha prohibido franquear la entrada a ningún desconocido, aunque se presente como vendedor de cualquier cosa... Y no tiene apetito, y se adivina la tristeza en su expresión. No puedo soportarlo. Ha sido siempre tan cariñoso conmigo...

—Eso ya lo ha dicho antes —la atajé con sequedad—. ¿Qué es exactamente lo que desea que haga?

—Bueno... yo había pensado que usted podría descubrir la causa de ese temor y entonces él ya no tendría miedo.

—Dicho así parece fácil, ¿eh? —Gruñí con sarcasmo—. Supóngase que él no quiere que nadie se meta en su vida. ¿Qué ocurre entonces?

—Pero si lo hacemos para ayudarlo...

—Mire, linda; ¿le ha preguntado alguna vez directamente, sin rodeos, qué es lo que le pasa?

Asintió con un gesto. Una sombra pareció extenderse por su bello rostro. Con voz ronca murmuró:

—Lo hice. Estuvo a punto de pegarme y pareció volverse loco. Jamás me había levantado la voz, ¿comprende? Me gritó que me cuidase de mis asuntos, que no le pasaba nada y que si volvía a hacerle semejantes preguntas me echaría a la calle...

—Ya veo.

—Dígame, míster Leighton; ¿aceptará ayudarme?

—Es una clase de ayuda un tanto extraña en lo que concierne a usted. Sin embargo, mi consejo es que olvide todo esto y espere unos días. Los viejos tienen rachas de mal humor periódicamente, pero luego les pasa y vuelven a comportarse como de costumbre...

El más profundo desencanto se reflejó en su cara. Sus labios temblaron y su voz quebradiza estuvo a punto de extinguirse cuando susurró:

—Así... no quiere aceptar el trabajo...

—No se trata de que quiera o no. Si usted fuera otra clase de mujer no lo dudaría. Me embolsaría su dinero y seguiría adelante sin importarme si la perjudicaba. Pero su caso es distinto. Sería estafarla, pequeña.

—Pero..., pero...

—¿Tiene usted mucho dinero?

La brusca pregunta la sobresaltó.

—No —dijo—; sólo unos pocos ahorros...

—¿Lo ve? Y su tío Charles, ¿es rico?

—De ningún modo. Vive de una pequeña pensión que cobra todos los meses.

—¿Una pensión del Gobierno?

—No lo sé, pero creo que no; más bien un seguro privado.

—¿Dónde lo cobra?

—Nunca me he preocupado de averiguarlo —confesó, perpleja—. Sin embargo, tiene una cuenta en el «East Bank». Supongo que le pagan con un cheque y lo ingresa en su cuenta, ¿no?

—Posiblemente. De manera que ya puede comprender mis palabras. Sería tirar su dinero.

Un sospechoso brillo asomó a sus pupilas. Era lo que me faltaba para que el día adquiriese tintes más sombríos para mí.

—Buscaré a otro —murmuró como hablando consigo misma.

Se levantó y quedóse inmóvil, no sabiendo qué hacer ni qué decir para despedirse sin que el llanto la venciese.

Yo dije:

—¿Piensa realmente encargar semejante asunto a otro detective?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Es una estupidez.

Pensé en la cantidad de vividores sin escrúpulos que pululan en nuestra profesión. Si la chiquilla caía en manos de uno de ellos la sangrarían hasta dejarla sin un centavo, presentarían informes amañados para justificarse y al final ella se encontraría sin dinero y sin solución a su problema.

De repente pareció decidirse. Alargó la mano a través de la mesa y murmuró:

—Gracias de todos modos, míster Leighton...

No pudo contener las lágrimas por más tiempo. Trató de volver el rostro para que no la viera llorar. Solté un juramento en voz baja antes de preguntarle:

—¿Cuánto pensaba usted pagar por ese trabajo?

—Yo..., yo no sé lo que acostumbran cobrar ustedes...

—Eso no es una respuesta.

Levantó la cabeza y me miró con sus grandes ojos, de niña húmedos de llanto.

—Bueno, hice cálculos, usted sabe. Si cobran unos diez dólares diarios yo podría...

Me llevé las manos a la cabeza. ¡Diez pavos diarios!

—¿Cree que no son suficientes?

La miré. ¿Para qué decirle que la tarifa eran cien dólares más los gastos?

—Okey, haré lo que pueda, aunque nunca pensé ganar tanto dinero de una sola vez —dije con un gruñido—. Siéntese y hábleme otra vez de tío Charlie, de usted y de la clase de amistades que tienen. Cuénteme todo lo que se le ocurra de él... y de usted. Después veremos por dónde empiezo.

—¿De veras me ayudará?

No podía creerlo. En realidad, apenas si podía creerlo yo mismo, pero asentí con un gesto de resignación. Se dejó caer en la butaca como si las piernas se negasen a sostenerla. Con voz rota susurró:

—Gracias, yo...

—Al grano, pequeña.

Empezó a hablar. Me contó la historia de su vida desde que peinaba trenzas y la de tío Charlie desde que sus recuerdos lo descubrían, seis o siete años atrás.

Habló y habló durante más de media hora.

Y no me dijo nada que pudiera servir para maldita la cosa.

CAPÍTULO II

Inicié una investigación de rutina sobre tío Charlie. Descubrí que era un hombrecillo vivaracho y amable, con ojos inquietos, muy azules, y una revuelta cabellera plateada.

No parecía disponer de grandes ingresos, pero pagaba sus cuentas con regularidad, los comerciantes del barrio le apreciaban y todo el mundo tenía alguna frase cariñosa al hablar de él.

En cuanto a su miedo no saqué nada en claro. La única vez que pude hablarle, fingiéndome inspector de la Compañía de fluido eléctrico, se mostró desconfiado en extremo, no me perdió de vista ni un segundo mientras simulé revisar la instalación, y las pocas frases que se avino a cruzar conmigo, fueron secas y nerviosas.

Cuando me despedí no me costó advertir que estaba armado. Llevaba un revólver sujeto entre el cinturón y el cuerpo, aunque bien oculto por el traje. Eso fue lo que me convenció de que la muchacha había dicho la verdad al afirmar que el hombre estaba asustado. Nadie carga con un revólver para estar por casa a menos de tener sólidos motivos para ello.

Pasé un buen rato reflexionando sobre el asunto. Me encontraba en un callejón sin salida, a menos que interrogase al vejete sin rodeos, pero entonces pondría en evidencia a la muchacha. Eso no me interesaba.

Su nombre entero era Charlie Polk. Pensé en un posible chantaje, o en una amenaza por algo que hubiera en su pasado. Perdí casi una tarde en los archivos policíacos. No encontré nada relacionado con un Charlie Polk.

Comencé a pensar en la manera de decirle a Cintia que no había nada que hacer, a menos de enfrentarse al viejo. Había que decírselo de manera que lo comprendiese y no se echase a llorar.

Sin embargo, fue ella la que vino a verme la tarde del segundo día de investigación. Me pilló cuando cerraba la oficina, y tan pronto vi su rostro alterado comprendí que algo iba mal.

La hice entrar y tan pronto se dejó caer en la butaca dio rienda suelta a las lágrimas.

Encendí un cigarrillo y esperé, fastidiado y violento. Jamás he podido encontrar palabras con que consolar a alguien que se ponga a llorar delante de mí, y aquella chiquilla tenía una facilidad para abrir el grifo que me sacaba de quicio.

Tardó más de cinco minutos en controlarse y entonces barbotó con voz apenas inteligible:

—Otra vez, míster Leighton...

—Otra vez, ¿qué?

—El teléfono... una llamada; tío Charlie se ha puesto como loco. Ha colgado con tanta violencia que el aparato se ha caído al suelo... Nunca lo había visto así... Tengo miedo, míster Leighton. ¡Por favor, por favor, haga usted algo!

Me rasqué el cogote y no dije nada, contentándome con observarla hasta que sus lágrimas cesaron de correr y luchó con su diminuto pañuelo para recomponer sus mejillas.

Entonces dije:

—¿Sabe si era voz de hombre o de mujer la del teléfono?

—No lo sé; tío Charlie no me ha dejado responder al teléfono desde que se produjo la primera llamada.

—Ya veo. ¿No ha recibido ninguna visita estos últimos días?

—Que yo sepa no. Bueno, excepto la de usted cuando se fingió inspector de la Compañía de electricidad. Tío Charlie me dijo que como inspector era un desastre. Por lo visto no descubrió usted unos cables en muy mal estado que hay en el sótano.

Me rasqué el cogote, perplejo.

—¿Sabe usted que su tío Charlie lleva un revólver encima?

—¿Un revólver?

Casi se levantó del sillón.

—Eso es. Pude comprobarlo cuando estuve con él.

—No..., no lo sabía. Jamás supe que tuviese un arma.

—Tengo la impresión que hay muchas cosas que usted no sabe acerca del viejo.

—Pero era tan bueno conmigo. Siempre decía que le hubiese

gustado tener una nieta como yo. Y ahora apenas si me dirige la palabra.

Cuando vi que se había calmado lo suficiente para entenderme, le conté lo que llevaba hecho y el nulo resultado de todo ello.

—Como ve, o hablo directamente con el viejo y actúo sin trabas o lo dejamos correr. No hay otra alternativa —acabé, viendo alterarse su bello rostro de niña.

—¡No podemos abandonar ahora a tío Charlie! —protestó.

Pensé que me convenía respirar hondo y contar hasta cien antes de responder, pero no quise perder más tiempo y le espeté:

—Es una estupidez, o una manera de tirar el dinero. Hay otra alternativa, pero es larga y costará una cantidad que está fuera de sus posibilidades...

—Veré de conseguir dinero si es preciso. ¿Qué otra cosa puede hacerse, míster Leighton?

—Escarbar en el pasado de tío Charlie. Descubrir todo cuanto sea posible de su vida antes de irse a vivir a ese caserón. Si esa amenaza que parece cernerse sobre él es real, entonces debe tratarse de algo relacionado con su pasado. Tal vez lo saquemos a la luz por ese medio.

—Comprendo... ¿Cuánto..., cuánto dinero cree que costaría eso?

—No lo sé —confesé con sinceridad—. Los gastos serían cuantiosos, además de mis honorarios.

—Sí, claro...

Arrugó el entrecejo. El fino pañuelito de encaje estaba siendo triturado materialmente entre sus manos de manera inconsciente.

Antes que pudiera tomar una determinación añadí:

—Créame, sólo podemos hacerlo yendo yo a hablar abiertamente con el viejo.

—¡Oh, no! Se pondría tan furioso... Nunca me perdonaría haber contado estas cosas a un extraño.

Me encogí de hombros. Ella suspiró:

—¿Cree usted que habría suficiente con mil o mil quinientos dólares?

—¿Los tiene usted?

—No, pero puedo conseguirlos para un caso así.

—Créame, no lo haga.

—¡Pero quiero ayudar a tío Charlie! —exclamó con vehemencia

—. Él me recogió cuando quedé sola y...

—Eso ya lo dijo. Mire, pequeña, haré algunas averiguaciones más. Si tropezamos con algo que nos aliente a seguir, entonces hablaremos de los gastos. Pero si no puedo hallar el menor rastro de nada de lo que nos interesa abandonaré el asunto y usted no tendrá que tirar su dinero. ¿De acuerdo?

Sólo titubeé unos segundos.

—Gracias, míster Leighton —murmuró—. No sé qué hubiera hecho sin usted...

—Ahorrarse algún dinero —le espeté, levantándome y dando la vuelta a la mesa. Ella se levantó también. Sus ojos semejaban dos estrellas al clavarse en mí—. ¿Cómo ha venido usted, en coche?

—En un taxi.

—Bueno, la llevaré a casa. Apenas si tendré que desviarme de mi camino.

—No es preciso que...

—Me gusta tenerla al lado —dije con desfachatez—, de manera que no proteste.

Sonrió y me precedió a la salida. Cerré la oficina y cuando llegamos a la calle era noche cerrada. Nos habíamos entretenido demasiado.

Conduje con cuidado, sin prisas, mientras ella permaneció en silencio a mi lado. Yo tampoco tenía ganas de hablar, de manera que casi todo el trayecto resultó un tiempo muerto que aproveché para reflexionar.

El edificio del tío Charlie era un caserón enorme situado en una tranquila calle que en otro tiempo fue residencial, pero que la extensión de la ciudad y el crecimiento de su industria convirtió, con el paso de los años, en un distrito como otros muchos que van desapareciendo, con sus viejas edificaciones demolidas y sus jardines aplastados bajo el peso de gigantes de acero y cristal que se elevan como un desafío a las nubes.

Detuve el coche junto a la acera. El pequeño jardín delantero estaba sumido en sombras. En una ventana brillaba una luz.

—Es la salita de estar. Tío Charlie debe estar leyendo el periódico de la noche.

Tardé en responder a ese comentario.

—¿Cree que le dirá algo por llegar tarde?

—Por supuesto que no.

—Está bien, tranquilícese —gruñí al ver su nerviosismo—. No creo que suceda nada, y con un poco de suerte sabremos quién inquieta al anciano. Ahora váyase a casa y descanse, linda.

—Cuando hablo con usted me siento tan segura... Ojalá pudiera quedarse en la casa todo el tiempo...

—Eso es imposible, Cintia.

—Lo sé, pero me sentiría protegida, ¿puede entender eso, míster Leighton?

Le sonreí y abrí la portezuela de su lado. Ella me miró largamente en la oscuridad. De repente, sentí sus manos sobre la mía y su voz resultó un susurro cuando dijo:

—Gracias otra vez. No es usted ni la mitad de rudo de lo que quiere aparentar.

Inclinó la cabeza y rozó mi mejilla con sus labios frescos y juveniles. Hecho eso, y antes que pudiera reaccionar, saltó fuera del coche y se alejó por la acera.

Estupefacto, la seguí con la mirada mientras atravesaba el jardín. Seguí plantado allí como un estúpido, notando un agradable cosquilleo en el lugar que habían acariciado sus labios...

Ella abrió la puerta y entró en la casa. Busqué un cigarrillo, lo encendí y pensé en aquellos labios... y en que podían haber besado los míos en lugar de detenerse en la mejilla. Entonces recordé los años que atesoraba aquella chiquilla, los que yo había cumplido... y el encanto se esfumó como una nube.

Durante unos segundos me había sentido como un idiota.

Alargué la mano para dar vuelta a la llave de contacto. En el mismo instante, y procedente de la casona, se elevó un largo chillido de terror, un aullido que erizó mis cabellos haciéndome saltar fuera del auto antes siquiera de haber pensado en lo mucho que aquella voz se parecía a la de Cintia.

Corrí como un gamo a través del jardín. La puerta estaba cerrada y la sacudí frenéticamente. Todo lo que logré fue despellearme los puños.

El largo alarido de horror se había extinguido abruptamente, como ahogado por la misma fuerza del terror que lo había provocado. Me desesperé contra la puerta, y al fin acabé echando a correr a lo largo de la fachada. La primera ventana que encontré a

mi paso estaba cerrada y a oscuras, pero tomando carrerilla la atravesé de un brinco llevándome los cristales por delante.

Aterricé en medio de una habitación con demasiados muebles. Derribé una mesa al incorporarme. Cuando alcancé la puerta recordé la disposición interior de la casa y me precipité hacia la salita de estar, cuya ventana iluminada habíamos visto desde el coche.

El cuerpo de Cintia estaba tendido a través del umbral, obstruyendo el paso. Sentí que el corazón se encabritaba dentro de mi pecho, amenazando con salirme por la garganta. Creo que incluso solté un grito de espanto cuando me precipité sobre la muchacha.

La tomé en brazos y traté de descubrir alguna herida. Su cuerpo apenas pesaba entre mis manos. Me apresuré a trasladarla al sofá que yo recordaba haber visto en aquella estancia.

Entonces me detuve en seco, con ella en brazos y sintiendo como se me erizaba el cabello en la nuca.

El diván estaba ocupado por un cadáver ensangrentado.

Tardé unos segundos en volver a coordinar las ideas. El enloquecido mecanismo de mi mente dejó de girar salvajemente y adoptó de nuevo el ritmo más o menos normal. Entonces reconocí al viejo Charlie Polk en aquel cadáver, aunque poco de él había quedado intacto.

Giré sobre los talones y busqué otro lugar donde depositar el frágil cuerpo de Cintia. Finalmente entré en su propia habitación, encendí las luces y la deposité sobre el lecho. Respiraba entrecortadamente, emitiendo un débil gemido continuo y agudo. Ni siquiera inconsciente podía borrar de su cerebro el impacto causado por la ensangrentada visión.

Intenté reanimarla, pero renuncié a ello al cabo de un par de minutos, de manera que regresé al lado del cadáver para dar un vistazo allí antes de llamar a la policía.

El asesino no lo había tratado muy bien; un profundo corte casi le seccionaba la garganta por entero. Tenía otras heridas tremendas en la cara y en las manos, lo cual indicaba que se había defendido como un gato panza arriba, aunque de poco le había valido.

Procurando no ensuciarme las manos con la sangre todavía líquida, tanteé el lugar en que yo sabía que acostumbraba llevar el

revólver. No encontré rastro del arma, como tampoco la hallé al dar un rápido vistazo por la salita. Tal vez el criminal se la hubiera llevado.

Estuve unos minutos buscando algún indicio o cualquier clase de huella que hubiera podido dejar el asesino, pero la salita estaba limpia y ordenada, excepto una silla volcada, la alfombra arrugada y, naturalmente, la sangre que lo había salpicado todo.

Comprendí que Cintia hubiera chillado. Lo mejor que había podido sucederle era haber perdido el conocimiento.

Finalmente, inquieto por ella, telefoneé a la policía y volví después a la habitación. La muchacha se agitaba débilmente y sus gemidos eran más fuertes.

Durante unos instantes fugaces la contemplé a placer. Incluso en aquellas tremendas circunstancias, resultaba maravillosa con sus ropas en desorden mostrando la perfección moldeada de sus piernas, la agresividad de sus juveniles senos y la pronunciada curva de las caderas.

De repente, abrió los ojos, los desorbitó, y creí que no me reconocería cuando me incliné sobre ella.

—Cálmese, Cintia; soy Leighton, ¿comprende?

Se incorporó poco a poco, la mirada extraviada y las facciones tensas. Sus labios se movieron, aunque no pudo pronunciar ni una palabra. Me senté en el lecho, a su lado, y la rodeé con mis brazos. Se rindió como una niña desvalida, acurrucándose en mi pecho y rompiendo a llorar a sacudidas, histéricamente.

Así nos encontró la policía poco después.

CAPÍTULO III

—¿Eso es todo lo que puede usted decirme sobre este caso, Leighton?

La profunda voz del teniente Dillon repercutió entre las paredes como un trueno.

—Es todo lo que yo sé —repuse—. Y no hace falta que interrogue ahora a esa chiquilla; no podrá decirle nada que no sepa ya.

—No deseo atormentarla más en estos momentos —gruñó—. El doctor acaba de administrarle un sedante, de manera que durante unas horas estará fuera de este mundo.

Me dejó para escuchar a uno de sus técnicos. Después, los fotógrafos policíacos enfundaron sus instrumentos y se largaron. Ni ellos ni los encargados de buscar huellas dactilares consiguieron ningún resultado.

—¿Qué opina usted, Leighton? —refunfuñó Dillon, aplicando una cerilla a su cigarrillo.

—No hay mucho para opinar. Un tipo amenazó dos veces por teléfono al viejo, y un par de horas después de la segunda llamada ha cumplido sus amenazas.

—No deja de ser un comportamiento estúpido.

—Seguro —convine—. El hecho de amenazar a Charlie Polk forzosamente tenía que ponerlo en guardia. Yo advertí que llevaba un revólver, así que estaba prevenido. Sin embargo, el asesino no parece haber encontrado muchas dificultades para llegar hasta él.

—¿Por qué demonios se tomaría la molestia de telefonearle antes?

—La mente de un asesino no reacciona de la misma manera que la de un ser normal. Es más retorcida que un sacacorchos y usted lo

sabe, Dillon. Quizá nuestro asesino encontraba un placer sádico atormentando al viejo con la inquietud.

—Tal vez, aunque no me parece ésa la explicación correcta.

—Bueno, deme usted otra mejor.

—Ahí está lo malo, Leighton; que no tengo otra. Pero eso no quiere decir que me satisfaga la de usted. Por regla general los criminales eluden las dificultades. Cuanto más fácil encuentren la comisión de su delito mejor para su plan, y no hay duda que el tener a la víctima desprevenida es una de las mejores facilidades que pueden dárseles. Pero nuestro asesino fue tan amable que avisó a la víctima elegida no una, sino dos veces. Absurdo.

Me encogí de hombros. No había nada que discutir sobre eso. No obstante no pude dejar de pensar en el problema mientras el teniente acababa de despedir a sus hombres. Luego, y de manera distraída, contemplé cómo los enfermeros de la ambulancia cargaban el cadáver en una camilla y se lo llevaban sin pronunciar palabra. Sólo quedó en la salita el espeluznante espectáculo de la sangre salpicándolo todo.

—¿Qué había pensado hacer usted para complacer a la muchacha, Leighton?

—Bueno, en realidad sólo deseaba hacerle comprender la inutilidad de semejante encargo. Pero ella estaba decidida a seguir adelante, de manera que me tracé dos posibles maneras de alcanzar algún resultado positivo. Una, la menos viable, era enfrentarse con el viejo y hacerle confesar la naturaleza de la amenaza.

—Ya veo. Pero imagino que eso no le gustaría nada a la chica.

—No quiso saber nada de eso.

—¿Cuál era el otro sistema?

—Bucear en el pasado de Charlie Polk. Es casi seguro que cualquier amenaza, cualquier circunstancia que pudiera significar un peligro para él, debía proceder de su pasado, ¿comprende? He comprobado que desde que vino a vivir a esta casa ha llevado una vida perfectamente normal y honesta. No hay un solo vecino que tenga nada que decir de él, como no sean elogios.

—Ya veo —repitió, pensativo—. Es una buena idea. Supongo que ahora seremos nosotros quienes tendremos que ponerla en práctica.

Le obsequié con una sonrisa.

—No sabe usted lo que me alegra que se encarguen ustedes de ello, teniente —dije—. Naturalmente, lamento que lo tengan que hacer a causa de un asesinato, pero me relevan de una ocupación enojosa y sin sentido.

—Sí, ya lo comprendo. Bien, nos veremos en mi despacho por la mañana. Y si está en condiciones, tráigase a la chica, Leighton. Me ahorrará mucho tiempo si lo hace así.

Asentí con un gesto y le acompañé a la puerta. Poco después, su coche se alejó con un rugido de su poderoso motor.

Pensativo, entré en la habitación donde descansaba Cintia, con el médico todavía inclinado a su lado.

—¿Cómo está, doctor?

—Por lo menos descansa, aunque he tenido que aplicarle una segunda dosis para vencer su excitación nerviosa. ¿Quién va a quedarse con ella esta noche?

—Creo que será conveniente traer una enfermera. ¿Puede usted encargarse de eso?

—Claro que sí. Con un poco de suerte llegará aquí en menos de una hora.

—La esperaré.

Acompañé al médico hasta la puerta, cerré y me quedé plantado en medio del vestíbulo. Encendí un cigarrillo y traté de no pensar en nada con la vana esperanza de que, repentinamente, surgiría una idea orientadora para futuros movimientos. Eso ya me había sucedido algunas veces, pero en esta ocasión falló.

Regresé al lado de Cintia. Estuve varios minutos inmóvil, contemplándola tendida en la cama, con su cuerpo nítidamente moldeado por la sábana. Creo que me dejé llevar por el sentimentalismo. Aunque fue de manera inconsciente, ya que mi voluntad no intervino para nada en el proceso de mis sentimientos. El caso es que me sorprendí pensando en un futuro muy distinto del que había imaginado hasta entonces.

No quise analizar la diferencia existente entre sus hermosos veinte años y mis treinta y siete. Pensé que quedaba sola, que era tan bella como un sueño de adolescente y que en mi tormentosa vida jamás había tenido entrada una sensación como la que experimentaba en aquellos instantes.

Al fin logré reaccionar, apagué la luz y cerré suavemente la

puerta.

No quise volver al salón, con sus rojas manchas esparcidas por todas partes. Fumé un par de cigarrillos sentado en una silla de la cocina y comencé a darle vueltas al problema.

Finalmente resolví meter un poco la nariz por los rincones. La policía lo había hecho ya, pero en algo tenía que entretener la espera.

Recorrí una a una las dependencias de la casa. Revisé papeles, trajes, vestidos y cuanto contenían los armarios. Como ya esperaba no encontré nada de interés.

Di también una vuelta por el desordenado sótano, aunque sin esperanza alguna. Los policías habían dejado evidentes muestras de su paso, por lo que tardé poco tiempo en convencerme de que estaba perdiendo el tiempo.

Cuando volví arriba me detuve al pie de la estrecha escalera que, partiendo de la cocina, se encaramaba hasta la buhardilla. Uno de los agentes había pasado allá arriba casi una hora, bajando cubierto de polvo y telarañas.

Acabé subiendo. Era la clásica buhardilla formada por el tejado, tan inclinado que sólo en el centro podía uno mantenerse de pie sin golpearlo con la cabeza.

En un rincón, el policía había repartido por el suelo cinco maletas en bastante mal estado. Su contenido consistía en viejas revistas de desnudistas, catorce en total. Tenían fecha de varios años atrás. Era una faceta del carácter de Charlie Polk que nunca habría supuesto en él. Imaginé que el guardia debía haber dedicado más tiempo con aquellas revistas que con todo el resto del polvoriento desván.

Las dejé a un lado, amontonadas, y seguí revisándolo todo.

Como en el resto de la casa, no pude encontrar nada que despertase mi interés. Sólo cuando ya me disponía a largarme se me ocurrió amontonar las maletas para despejar un poco el suelo y que no ofreciera un aspecto tan abandonado. Fue con la segunda maleta que levanté cuando creí haber dado con algo a que agarrarme.

Al igual que las otras, estaba vacía, de manera que la cerré y me dispuse a amontonarla. Entonces advertí la diferencia de peso con la primera que había manejado, a pesar de ser las dos del mismo tamaño.

Un nuevo examen delató un disimulado doble fondo. No perdí tiempo buscando la manera de abrirlo sin causar destrozos, sino que desgarré el plástico y pude levantar la falsa tapa.

Había un paquete conteniendo seis sobres con su correspondiente carta, una fotografía de una mujer de unos veinticinco años, de una belleza sensual y provocativa, y otro sobre más pequeño.

Lo abrí también. Pegué un respingo y me olvidé de la altura del techo, contra el cual mi cabeza se estrelló con un ruido sordo. Solté un juramento, pero continué mirando aquellas fotografías que habían aparecido a mi vista.

En la primera, la morena de la foto anterior estaba lánguidamente entregada a una actividad muy especial y que no quiero describir.

La otra fotografía del sobre era una ampliación de sus manos, en una de las cuales se advertía claramente un valioso anillo con un diamante. Si era auténtico, su valor debía ascender a una cifra astronómica.

Tras unos minutos de contemplación, volví a guardar las fotos en el sobre, lo uní a la fotografía de la mujer y a las cartas y metí todo ello en mi bolsillo.

Perdí unos minutos más reflexionando sobre mi hallazgo. Como no saqué nada en claro, excepto que era un argumento para chantaje de primera categoría, me puse a pensar qué papel jugaban aquellas revistas de desnudistas en todo aquel embrollo. Ahí no valieron de nada mis esfuerzos, de manera que lo dejé correr, tomé las revistas y abandoné el desván huyendo del polvo.

En la cocina hice un paquete con las revistas, que dejé sobre una silla, y me dediqué a sacudirme la suciedad que se había acumulado sobre mí allá arriba.

Estaba terminando esa tarea cuando sonó el timbre de la entrada.

Fui a abrir, todavía preocupado por mi descubrimiento, y me encontré delante de una mujer de unos cuarenta años, recia y fuerte como un luchador profesional. Su cara de matrona tenía una expresión entre irónica y curiosa debida a la brillantez de su mirada. Sonrió de manera profesional al presentarse como enfermera.

—Supongo que el doctor la ha informado de lo que se trata —dije, haciéndola pasar.

—En efecto. ¿Dónde está la paciente? No creo que esta noche me de mucho trabajo.

La llevé a la habitación donde descansaba la muchacha. Le echó un vistazo y volvió a salir del cuarto.

—Puede usted marcharse tranquilo —murmuró—. La cuidaré hasta que el doctor crea que puede valerse sola.

—Eso me parece muy bien, pero creo que debo decirle a usted algo en relación con esa chica.

—¿De veras?

Arrugó el entrecejo. Seguramente olió algún posible embrollo, pero me apresuré a disipar sus sospechas.

—Como ya sabe, el anciano que vivía aquí ha sido asesinado esta noche. Nadie sabe el motivo del crimen, ¿comprende?

—Perfectamente.

—Bien, quiero decir que tal vez también la muchacha esté en peligro. No estará de más que, al mismo tiempo que la cuida a ella, mantenga los ojos y los oídos alerta por si alguien intenta entrar en la casa.

Lo pensó durante medio minuto. Acabó asintiendo lentamente con un movimiento de cabeza, como si se diera la razón a sí misma.

—Usted quiere decir que es posible que el criminal vuelva, ¿no es eso?

—Exacto.

—Bueno, se encontrará con algo que no espera —gruñó con aire resuelto.

Me tranquilizó su seguridad. Era una mujer acostumbrada a entendérselas con situaciones difíciles, aunque dudé que alguna vez hubiera tenido oportunidad de enfrentarse con un asesino. No obstante, abandoné la casa sintiéndome más tranquilo que si se hubiese tratado de una enfermerita joven y recién graduada.

Dejé el paquete de revistas a mi lado, en el coche, tomé rumbo a mi apartamento. Eran más de las cuatro de la madrugada, de manera que me había ganado un buen descanso.

Antes de meterme en la cama sentí la tentación de examinar una vez más, con todo cuidado, mi botín de aquella noche. Pero estaba tan cansado y soñoliento que lo dejé para la mañana siguiente.

Sabía que si me liaba de nuevo con el problema ya no me acostaría.

No obstante, a las cinco y media todavía no había podido conciliar el sueño. Todo aquel maldito asunto daba vueltas y más vueltas en mi mente. Inútilmente, trataba de encajar cada una de las cosas que tenía en mi poder en el lugar que debía corresponderle en el fondo del drama, pero sólo una adquiriría una forma aproximada a la precisa para conseguirlo.

El motivo de chantaje, las cartas y las fotografías. Según quién fuera la dama podían valer una fortuna.

Sin embargo, el viejo Charlie Polk no parecía haber dispuesto de grandes sumas...

«Al diablo con todo», pensé. Poco después quedé dormido.

CAPÍTULO IV

El teniente Dillon no pareció muy satisfecho al verme llegar solo a su oficina.

—¿Qué le pasa a la chica? —Gruñó.

—Acabo de verla —dije—. Está débil y deprimida, aturdida todavía por los efectos del poderoso sedante que le aplicaron. El doctor se niega a autorizarla a dejar la cama.

—Ya veo. Supongo que tendré que ir yo a verla. Bien, Leighton; tendrá que dictar su declaración a un taquígrafo y firmarla. ¿Tiene algún inconveniente?

—En absoluto.

Pulsó un botón, chupó furiosamente el medio apagado cigarrillo y dijo con satisfacción:

—Hemos identificado a Charlie Polk.

—No me diga que tenía antecedentes...

—Seguro que sí, Leighton. Su verdadero nombre era Fred O'Connor.

Había pasado dos largas temporadas en presidio hace algunos años, de manera que no era el anciano dulce y bondadoso que usted me describió.

—Lo era en la actualidad, teniente. Infórmese por todo el barrio y verá. Además, tenemos el testimonio de Cintia. El viejo fue siempre extremadamente bondadoso con ella, rodeándola de afecto y proporcionándole un calor familiar del que hubiera carecido en otras circunstancias.

—¿Quiere decir que se había reformado?

—Tal vez. Tenía una edad en la que ya no se pueden correr aventuras. Quizá también hubiera puesto sincero cariño en esa chica. Eso se ha visto muchas veces en la vida de esos viejos

solitarios.

—Es posible.

—¿Por qué fue condenado?

—La primera vez por extorsión. La segunda por una estafa de cincuenta mil dólares. Le fue rebajada la sentencia debido a que confesó el lugar donde había escondido el botín, pero incluso así tenía más de cincuenta años cuando salió de la prisión.

—Comprendo.

Alguien llamó a la puerta, y tras un grito del teniente entró un taquígrafo que, tras escuchar las instrucciones de su jefe, tomó mi declaración del principio al fin. Cuando terminé salió sin que hubiera pronunciado una sola palabra en todo el tiempo, excepto para saludar y despedirse.

Dillon gruñó:

—Supongo que ha dejado de interesarse por el caso, ¿no es así, Leighton?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Yo no trabajo gratis.

—Creí advertir que se interesaba por la muchacha —comentó.

—Mire, Dillon, ocúpese de sus asuntos, ¿quiere? Mis atenciones hacia esa muchacha no le importan a nadie más que a ella.

—No se dispare —rió—. De todas formas, si en sus conversaciones con ella averigua algún detalle que juzgue interesante llámeme.

—Lo haré. ¿Tardarán mucho en tener mecanografiada mi declaración?

—Unos minutos.

—Se me ocurre que tal vez, durante su estancia en el penal, Charlie, o Fred O'Connor, le hizo una trastada a alguno de sus compañeros y ahora le han pasado la cuenta.

—Caray, Leighton —exclamó—, no diga tonterías. ¿Por qué habrían tenido de aguardar hasta ahora para ajustarle las cuentas?

—Podría ser que el vengativo individuo no haya salido en libertad hasta hace un par de meses.

Arrugó el entrecejo, con lo que sus espesas cejas se unieron sobre la nariz formando una especie de hirsuto cepillo.

—Eso es una idea —rezongó por lo bajo—. Haré que me manden

una lista con los presos liberados estos dos últimos meses y veré si alguno de ellos tuvo estrecha relación con

O'Connor

en el penal. Sin embargo, tengo la impresión de que perderemos el tiempo; un rudo presidiario vengativo no se toma la molestia de advertir a su enemigo de sus intenciones con sesenta días de anticipación. Va directamente al asunto, ¿comprende?

—Sólo le he expuesto una posibilidad, Dillon.

—Está bien, la tendré en cuenta.

—¿Encontraron algo de interés en la casa sus muchachos?

—Nada que valiera la pena. Hemos sabido quién era en realidad el muerto gracias a sus huellas dactilares.

—No le envidio el trabajo que le aguarda, teniente.

Antes que pudiera responder entró un agente con unos folios en la mano. Era mi declaración, de manera que la leí rápidamente y firmé el original y las tres copias.

Dillon dijo:

—Espero que no quiera buscar por su cuenta a ese posible presidiario, Leighton.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Que me registren, pero usted no es un detective corriente. Se ha metido en algunos embrollos un tanto raros en los últimos tiempos.

—Nunca han podido reprocharme nada —repliqué, levantándome.

—También eso es cierto. Usted es uno de los pocos tipos que, además de medir uno noventa y llevar encima una carga de músculos, tiene también cerebro. Ya nos veremos otra vez, Leighton.

—Seguro. Siento curiosidad por conocer la marcha de este caso.

—Me lo temía —rezongó.

Cerré la puerta a mis espaldas y abandoné el gran edificio policíaco.

Pasé el resto de la mañana en el despacho, aunque sin recibir una sola visita. Cualquiera hubiera creído que la gente no tenía líos con los que proveer mi cuenta del Banco, excesivamente raquítica de un tiempo a esta parte.

Engullí una comida rápida en un bar y decidí que ya era hora de

echar otro vistazo a las cartas encontradas en mi excursión a la buhardilla.

Me encerré en mi apartamento, abrí la pequeña caja fuerte y saqué mi botín. Por segunda vez en el día leí las ardientes misivas. Desde luego, aparte de las expresiones pasionales, de amor eterno, de recuerdos referentes a noches de «amor loco» y otras lindezas, demostraban que la dama que las había escrito tenía la inteligencia de un mosquito al dirigir semejantes mensajes a un hombre, máxime teniendo en cuenta que según se desprendía de un par de ellas existía un marido por en medio.

Todas iban firmadas por una tal *Anne*. No dudé que era la dama que aparecía en las fotografías.

En cuanto al destinatario, su nombre era Borden Link. La dirección de los sobres correspondía a Glendale, una calle llamada Fulton Road, número 1462.

Estuve bastante tiempo con todo aquello extendido frente a mí. Al fin, acabé guardándolo otra vez en la caja fuerte después de tomar nota de la dirección del apuesto caballero de la foto y abandoné el apartamento sin explicarme realmente qué diablos podía hacer con lo que tenía entre manos, como no fuera meterme en un lío.

Fulton Road era una especie de serpentina arrollada a una suave colina, al norte de Glendale. Detuve el auto delante del número que buscaba, un edificio de apartamentos con sólo tres pisos de altura, pero extendido profusamente en medio de un par de acres de jardín delicadamente cuidado. Calculé que el alquiler de un piso semejante debería estar por encima de las posibilidades de un noventa por ciento de los mortales.

Dispuestos a hacer las cosas bien, habían instalado un recepcionista de aspecto impecable, enfundado en un uniforme gris perla con ribetes negros. Era un poco más bajo que yo, pero esbelto y elegante.

Me obsequió con una sonrisa de bienvenida. Su voz cuidada indagó:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a alguien llamado Borden Link. Creo que tiene un apartamento aquí.

Arrugó el ceño.

—¿Link? —repitió—. No recuerdo que ninguno de nuestros inquilinos lleve ese nombre...

—Ese de quien le hablo ha recibido cartas a su nombre en esta dirección.

—Imposible. Lo recordaría sin duda alguna.

—Tal vez se mudó hace algún tiempo.

—En todo caso, debe hacer mucho tiempo.

Depositó un par de dólares sobre el pulido mostrador.

—Tal vez fuera usted tan amable de consultar sus registros...

Se embolsó los dos billetes como si hiciera un favor al aceptarlos.

—Espere aquí.

Se metió por una puerta que había detrás de él y estuvo ausente menos de tres minutos. En un lugar de esa categoría llevan las cosas en perfecto orden.

—Es cierto, señor —anunció, radiante—. Míster Borden Link ocupó uno de nuestros apartamentos de lujo durante un año...

—¿Cuándo fue eso?

—En el cincuenta y nueve, señor.

—O sea, hace cinco años.

—Seis. Dejó el piso en febrero del cincuenta y nueve.

—Ya veo. ¿Sabe si dejó su nueva dirección?

—Lo lamento...

—Más lo siento yo. ¿Trabajaba usted aquí en aquella época?

—En efecto, aunque no recordaba a míster Link por el nombre.

—Y ahora, ¿se acuerda usted de él?

—Bueno... muy débilmente.

Sus ojos claros chispearon con astucia. Suspiré y coloqué dos dólares más sobre el mostrador.

—Espero que este tónico refuerce su memoria.

Los dos *pavos* siguieron el mismo camino que los anteriores.

—Míster Link era un caballero muy afortunado con las damas, señor.

—Ya imaginaba yo algo semejante. ¿Mucha variedad de damas, o alguna en particular?

—En los primeros tiempos de estar instalado aquí, puede decirse que había cierta variedad... —sonrió como un conejo antes de añadir con voz confidencial—. No obstante, cuando apareció «ella»

eclipsó a la competencia, si me permite decirlo así.

—Se lo permito —gruñí—. ¿Quién era ella?

—Todo lo que sé es que su nombre era Anne. ¡Qué señora tan exquisita, señor!

Pensé en la belleza de las fotos y mentalmente le di la razón.

—¿Qué más sabe de ella?

—Nada en absoluto. Muy discreta, ¿comprende?

—Eso sería muy discutible —refunfuñé al recordar las incendiarias e indiscretas cartas—. ¿No sabe usted de dónde venía, ni si llamaba por teléfono desde la ciudad ni qué clase de coche tenía?

—Hace tanto tiempo de todo eso... Sólo una vez vino en coche, un «Lincoln» impresionante. Por regla general llegaba en un taxi, o era míster Link quien la traía en su coche.

—¿En qué trabajaba ese Link?

Otra sonrisa cargada de pimienta afloró a sus labios.

—Creo que esperaba una oportunidad en Hollywood, señor —dijo.

—No me diga. Y la esperaba en un apartamento de lujo, ¿eh?

—Bueno, yo opino que «ella» contribuía a sostener esa espera, si es que me comprende.

—O sea que ella pagaba los gastos —comenté.

—Ésa era la impresión general.

—Usted debiera haberse dedicado a la carrera diplomática, compadre. Me pregunto si un par de dólares más allanarían ciertas dificultades...

—¿Qué clase de dificultades, señor?

—El apartamento que ocupó míster Link, ¿ha sido reformado, o decorado de nuevo después que él lo dejó?

—Sólo ha sido pintado algunas veces.

—¿Sin más cambios?

—Verá, cuando alguien alquila un piso, aunque éste esté amueblado, introduce algún cambio; ya sabe, esos toques personales...

—¿Muebles nuevos?

—Eso no está permitido, señor. Me refiero a cuadros, cortinas, alfombras...

—Ya veo. ¿Quién ocupa ahora el apartamento?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Me interesa mucho dar un vistazo al interior. Sólo una mirada, para comprobar ciertos datos.

Casi se escandalizó, pero la vista de los dos dólares contribuyó no poco a hacerle variar la expresión de su bien rasurada cara.

—No es posible visitar el mismo apartamento, señor —dijo calmosamente. Se embolsó los dos dólares y añadió—: Pero puedo mostrarle otro exactamente igual, salvo en los pequeños detalles de color, alfombras y demás.

—Vamos allá y después le dejaré en paz.

Me llevó al apartamento en cuestión. Comprobé el refinado gusto de cuanto contenía, la perfecta distribución y todo lo que contribuía a justifica, en parte el astronómico alquiler.

Pero no era allí, ni en ningún otro piso semejante, donde había sido sacada la comprometedora fotografía. De eso no me cupo ninguna duda.

Me largué de aquella colmena de lujo antes que el portero se quedase con mi camisa y emprendí el regreso a la ciudad. Me reproché por lo que estaba haciendo, diciéndome que el dinero que gastaba era de mi peculio particular y que nadie me lo reembolsaría más tarde.

Sin embargo, tenía entre manos uno de los casos más intrigantes de mi carrera, y estaba Cintia de por medio... Tal vez ella también corriese peligro después de todo.

Como empujado por una fuerza ajena a mí, manejé el coche por entre el espeso tráfico de Franklin Avenue hasta doblar por el Cahuenga Boulevard. Diez minutos después logré encontrar un hueco en un apartamento y lo dejé allí tostándose bajo el fuerte sol que calentaba el asfalto.

La oficina de Kirk Stringer estaba en la cumbre de un edificio dedicado todo él a despachos, sobre el cristal esmerilado de la puerta además de su nombre, había un rótulo que aclaraba la profesión de míster Stringer: «Agente Artístico».

Hacía cosa de un año, le había podido prestar un buen servicio al librarlo de las garras de uno de sus actores representados, cuando éste trataba de exprimirle mediante un contrato hábilmente amañado. Cuando empujé la puerta deseé que Kirk se acordase de ese favor.

Y se acordó.

—Me alegra mucho verte, Mann —exclamó, estrechando mi mano.

La despampanante secretaria que me había introducido hasta el despacho privado del representante giró sobre sus talones y contoneó las caderas al marcharse. Fue una exhibición que me mantuvo prendido de ella hasta que cerró la puerta.

—¿De dónde demonios las sacas, Kirk? —exclamé.

—Bueno, vienen aquí esperando convertirse en estrellas de la pantalla o de la televisión. Cuando se desengañan se dan cuenta que tienen que comer todos los días y... Pero tú no has venido para admirar a mis empleadas. ¿Qué andas buscando, Mann?

—Ando detrás de un tipo llamado Borden Link. Hace unos seis años tenía esperanzas de desbancar a Marlon Brando y, como anticipo, vivía con el lujo de éste, aunque una dama pagaba los gastos. Tal vez incluso después siguió con esos intentos de encumbrarse, no lo sé. ¿Podrías echar un vistazo a tus ficheros, Kirk?

—¿Te das cuenta de lo que pides?

—El nombre es Borden Link —repetí sin hacer caso de su lamento.

—Y hace cinco o seis años, ¿eh?

—Poco más o menos.

—No soy ningún mago, compañero, así que no te hagas ilusiones.

Pulsó un botón y casi al instante la ondulante secretaria hizo su entrada con una nueva exhibición de cómo debe andar una mujer de sus curvas.

—Busque el nombre de Borden Link en los ficheros. Joan. De tenerlo nosotros sería algo más de cinco años atrás.

—¿Link? —murmuró—. No recuerdo haber visto ese nombre jamás.

—Yo tampoco, pero búsquelo de todas formas.

La seguí con la mirada hasta que desapareció. Era sensacional.

—Equiviqué la profesión —dije—. Nunca podré tener una secretaria como ésa a menos de acertar un pleno en Santa Anita.

—No desespere. Oye, ¿qué demonios ha hecho ese individuo, Link, para que tengas tanto interés por él?

—Que yo sepa, todo lo que ha hecho ha sido aligerar los bolsillos de unas cuantas señoras a cambio de satisfacer sus ansias de amor.

—Así que es de éstos, ¿eh, chico?

—Por lo menos era de éstos.

Se echó a reír. La secretaria regresó en unos minutos con expresión contrita.

—No tenemos ese nombre en nuestras plantillas —anunció.

Kirk emitió un gruñido y dijo:

—Está bien, déjelo.

Cuando quedamos solos alargó la mano y descolgó el teléfono.

—Si realmente quería alcanzar éxito en Hollywood debía estar inscrito en una agencia de prestigio. ¿Crees que el tipo valía realmente algo?

—No lo sé. Tenía una fachada imponente, si te refieres a eso.

—Me refiero a talento. También tú tienes fachada y ningún estudio daría un centavo por ti.

—Ya veo. No, no sé si tenía talento o no.

—Veré si Al Gleming sabe algo de ese fulano.

Llamó a Gleming, una de las mejores agencias que existen. Habló breve y rápidamente y después calló, sin quitarse el auricular del oído.

Encendí un cigarrillo. Tuve la impresión de que estaba haciendo el tonto.

Kirk prestó atención al teléfono, escuchó y emitió un par de gruñidos de asentimiento. Finalmente dijo:

—Un momento, ¿seguro que el nombre es Borden? Sí... Está bien, tomo nota...

Me enderecé en la butaca. Por lo visto estábamos de suerte.

Garabateó algo en un papel, dio las gracias y colgó.

—Aquí tienes —dijo, empujando el papel hacia mí—. Hasta su dirección completa. Dice Al que le proporcionó un par de papeles hace unos cuatro años, pero tuvieron que echarlo porque delante de las cámaras era tan expresivo como la Esfinge de Egipto. Además, se lió con Bárbara Milton y hubo un escándalo en el estudio que...

Leí el papel y el alma me cayó a los pies. La dirección era la de Fulton Road.

—Ahí es donde vivió hasta hace seis años. Si le dieron el papel

hace cuatro, ¿cómo es posible que tuviese esa dirección todavía?

—Eso sucede muy a menudo —gruñó—. Un tipo cambia de domicilio y ni siquiera se molesta en notificarlo a su agente. A menos de tratarse de una figura, con frecuentes llamadas. De lo contrario cuando necesitas encontrar a un tipo de éstos te salen pelos blancos.

—Está bien, Kirk; gracias de todos modos. Oye, ¿sabes dónde vive esa Bárbara Milton?

Se rascó el cogote, dubitativo.

—¿Piensas interrogarla respecto a Link?

—Sólo le preguntaré por su paradero.

—Bueno, la Milton se casó hace un año o dos. Creo que le va bien en su matrimonio, y si tuvo algo que ver con Link no le gustará que nadie vaya a remover la vieja basura.

—Yo sé cómo hacer estas cosas, Kirk, no te inquietes.

—«Okey», tú verás lo que haces. Vive en el siete de Lomitas Canyon.

—Es cuanto quería saber. Y hasta es posible que no vaya a molestarla siquiera, Kirk, de manera que no tienes nada que temer por eso lado. Y si alguna vez necesitas algo de mí, ya sabes...

Asintió con un gesto, estreché su mano y abandoné el despacho.

En la oficina exterior, la secretaria levantó la cara y me regaló una brillante sonrisa sin pedirme nada a cambio. Me incliné por encima de su mesa. El escote que lucía aumentó de profundidad desde mi punto de vista.

—¿Qué va a hacer cuando salga de aquí, linda? —indagué.

—Reunirme con mi marido, naturalmente.

—¡No!

Sonrió más arrulladoramente si cabe.

—Estoy casada hace más de un año.

—No me lo perdonaré nunca.

—Seguro; y eso que no sabe usted ni la mitad de lo que sé hacer, míster Leighton.

—Me basta con imaginarlo. Llámeme si alguna vez decide enviudar.

Me aparté de ella antes de perder el control. La aureola de sensualidad que irradiaba me siguió hasta la calle, catorce pisos más abajo.

CAPÍTULO V

Bárbara Milton era una rubia natural, con un cuerpo de escándalo, largas piernas y ademanes desenvueltos. Su cara había llegado a adquirir la vacía expresión que encanta a los encargados de la publicidad de los estudios, pero uno adivinaba que, en determinadas ocasiones, cuando la pasión rugiera en su alma, aquel rostro terso y casi artificial podría adquirir otra expresión muy distinta, anhelante y ardiente a un tiempo.

Cuando me miró a mí me hizo sentirme igual que un esquimal en un horno.

—¿Nos conocemos usted y yo? —Runruneó, abanicándose con mi tarjeta, que la sirvienta le había entregado.

—Yo la he visto en la pantalla algunas veces —confesé—. Pero usted no creo que me haya visto en su vida. Me llamo Mann Leighton.

—¿Mann?

—Alguien tuvo la mala ocurrencia de bautizarme con el nombre de Manfred.

—Gracioso, ¿no? ¿Qué es lo que quiere?

—Estoy buscando a un hombre, *miss* Milton.

—¿Y lo busca aquí? Míreme bien...

Soltó una corta carcajada. Yo la miré bien, de arriba abajo y de abajo arriba, despacio, subiendo y bajando por montes y valles, hasta que me espetó:

—Si hay algún detalle que no pueda apreciar superficialmente, Mann, me quitaré la ropa.

—No me atrevía a pedírselo, pero si se ofrece...

—¿Quién es el hombre que busca?

—Eso se llama cambiar de tema. *Okey*, su nombre es Borden

Link.

Resultó lo mismo que nombrar la sogá en casa del ahorcado. Se enderezó y sus ojos garzos me fulminaron.

—Lárguese —barbotó, rabiosa—. Sólo de escuchar ese nombre me entran ganas de vomitar. Vamos, fuera de aquí.

—Con calma, por favor. Sólo deseo que me de la dirección de ese ejemplar. Creo que usted lo conoció en cierta época.

—¿Para qué quiere encontrarlo?

—Tal vez para darle algunos dolores de cabeza.

—¿Sí?

—Lamento no poder ser más explícito. Se trata de un asunto confidencial, ¿comprende?

—No era más que un puerco —resopló, indignada ante el solo recuerdo—. Un cerdo vicioso y estafador.

—Algo de eso he oído decir. ¿Dónde vive ahora?

—No lo sé. Desde que me casé perdí todo contacto con él, afortunadamente.

—¿Sabe dónde vivía entonces?

—Tenía una habitación en el hotel Royal. No sé si continúa allí o no.

—Eso es todo lo que deseaba saber —dije, levantándome—. A menos que pueda usted decirme algo de Anne.

—¿Qué Anne?

—Lo único que sé de ella es el nombre. Era íntima amiga de Link antes de que éste la conociera a usted.

—No fue la única —refunfuñó—. Nunca me habló de ninguna mujer llamada así.

—Está bien, me ha ayudado usted mucho. Le prometo aplaudirla cada vez que la vea en la pantalla.

Estreché su mano sintiendo el cálido contacto como si fuera una corriente eléctrica. Ella retuvo la mía más de la cuenta.

—Es usted muy fuerte, ¿verdad, Mann?

—No puedo quejarme. ¿Qué pasa con eso?

Suspiró resignadamente.

—Lo que se pierde una por haberse convertido en una mujer formal... Espero que volveremos a vernos alguna vez.

—Será un placer, sobre todo si para entonces ha decidido arrinconar la formalidad.

Soltó mi mano y me largué de allí antes que el cuello de mi camisa me estrangulase. Había encogido de manera alarmante durante la corta entrevista con la estrella.

El hotel Royal era uno de esos establecimientos que, hace algunos años, eran punto de recalada de la gente elegante que deseaba hacerse notar en Hollywood. En la actualidad había quedado convertido en uno de los centenares de hoteles que viven de sus glorias pasadas, ocupados en su mayor parte por actores de tres al cuarto, personal empleado en los estudios y alguna que otra dama de vida más que sospechosa.

El conserje que escuchó mi petición ni siquiera pestañeó cuando respondió:

—Míster Link está de viaje, señor. No sabemos cuándo volverá.

—Pero se aloja en el hotel, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Dejó dicho a dónde iba?

Sacudió la cabeza.

—No; emprendió el viaje en compañía de una linda muchacha, de manera que deben estar vagando por las montañas, o tal vez en alguna playa de moda. A él le gusta Malibú, usted sabe...

—O tal vez se haya ido al infierno —gruñí—. Escuche, puede usted ganarse diez dólares fácilmente. Sólo tiene que llamarme en cuanto regrese, sin decirle nada a él, desde luego.

—¿Y por eso me pagará diez dólares?

—Sí, pero sólo cuando me haya avisado.

—Trato hecho.

Le di una de mis tarjetas y abandoné el hotel. Aunque no sabía exactamente en qué podría ayudarme el apuesto *gigoló* en mi investigación, sí estaba seguro que le haría escupir la identidad de la mujer que aparecía con él en la fotografía. No me cabía la menor duda de que el interés del fotógrafo que las había impresionado se centraba en la mujer. Eran sus manos las que detallaba la ampliación, y también su cara había sido captada con detalle, así que era casi seguro que en caso de haber existido un chantaje ella habría sido la víctima.

Eran casi las seis cuando llegué a mi despacho, sólo para cerciorarme de que no había nada nuevo. Cuando volvía a salir el portero me descubrió y casi se dislocó el brazo llamándome

frenéticamente.

—Una mujer ha estado preguntando por usted con insistencia, míster Leighton —explicó de un tirón—. Parecía muy nerviosa.

—¿Quién era?

—Ha dicho que se llamaba Margaret Finton.

—No conozco a nadie de ese nombre.

—Ella sí parecía conocerle a usted. Es una enfermera...

—¿Qué?

Salí disparado. Si una mujer como la enfermera estaba nerviosa, es que debía existir un poderoso motivo para ello.

Manejé el coche saltándome todas las reglas del tráfico. Un par de veces estuve a punto de hacerme polvo contra otros vehículos, me llevé detrás una estela de maldiciones, sorteé autobuses de puro milagro y al fin llegué a la casona en un tiempo récord.

La hombruna enfermera me franqueó la entrada. No pudo contener un suspiro de alivio cuando me vio.

—Temí que no llegase usted nunca, míster Leighton —me espetó, excitada—. He estado intentando comunicar con usted qué sé yo cuántas veces...

—Lo sé. ¿Qué ocurre?

—Es algo terrible, se lo aseguro. Si yo hubiese sabido que iba a reaccionar de esa manera jamás la hubiera autorizado a responder al teléfono.

Sentí un nudo en el estómago y encontré dificultades para respirar.

—¿De qué está hablando?

—Verá; un hombre ha telefoneado preguntando por Cintia Loring. Cuando le he dicho que estaba en cama y que no podía atender el teléfono ha insistido de tal manera que he llegado a creer que se trataba realmente de algo grave...

—¿Y Cintia se ha puesto al teléfono?

—Sí. Y eso es lo más extraño de todo. Se ha puesto muy pálida, ha intentado hablar, y de repente se ha desplomado. No he tenido ni tiempo de sostenerla.

—¿Sabe qué le han dicho por teléfono?

—No ha querido decírmelo. Cuando ha recobrado el conocimiento ha insistido en que le llamara a usted hasta localizarle...

—¿Dónde está ahora?

—En la cama, naturalmente.

Corrí hacia la habitación de la muchacha. Cuando me vio entrar se incorporó bruscamente, con lo cual la sábana se deslizó lo suficiente para ofrecermé una vista de su pecho capaz de hacer soñar a una momia.

—¡Dios mío, creí que no iba a llegar usted nunca! —exclamó.

Me acerqué lo suficiente para sentarme en la cama. Entonces se dio cuenta de que mis ojos luchaban por desprenderse del hechizo en que habían caído y tiró de la sábana velando el panorama. Un vivo color rosado tiñó sus mejillas.

—Cuénteme qué ha sucedido —dije con voz ronca.

—Era el mismo hombre... —Sus labios temblaron y se interrumpió, pero vencido ese principio de terror añadió—: ¡Era el asesino de tío Charlie!

—Muy bien, cálmese y cuéntemelo todo.

—Sí... ¡Oh, Dios, míster Leighton! —gimió—. Tengo tanto miedo...

—No le sucederá nada, niña. Ahora trate de serenarse y hable despacio para que pueda entenderla bien. ¿Qué le ha dicho ese tipo?

—Ha sido espantoso... Primero me ha preguntado si había visto a tío Charlie en el saloncito...

—Un momento, Cintia. ¿Cómo ha hecho esa pregunta, nombrando a tío Charlie tal como lo dice usted?

—Bueno... Ahora que lo menciona, no; se ha referido a él como al viejo Charlie.

—¿Está segura?

—Sí, ¡oh, sí! No podré olvidarlo jamás.

—Tonterías; pronto no se acordará de nada de eso. Continúe.

—No he sabido qué responder, ¿se da cuenta? El terror me ha dejado muda unos instantes. Entonces él ha añadido que si no le entregaba la mercancía me haría lo mismo que le había hecho a tío Charlie..., ha dicho que me cortaría el cuello y... y...

—Está bien, olvídelo. ¿No ha dicho nada más respecto a esa mercancía?

—No; sólo que estaba seguro que yo la tenía.

—Y, naturalmente, usted no sabe una palabra de ello, ¿no es

así?

—¡Claro que no sé nada! Oh, míster Leighton, ¿qué es lo que está sucediendo a mi alrededor?

—Ni yo mismo lo sé, pero no debe inquietarse. No podrán hacerle ningún daño. ¿Cree que está en condiciones de responderme a unas cuantas preguntas?

—Me encuentro bien, aunque sólo tengo ganas de llorar. El pobre tío Charlie...

—Eso ha pasado ya. Ahora debe pensar en usted solamente. Vamos a ver qué tal es su memoria. ¿Quién es Anne?

Hizo esfuerzos por captar algún significado de aquel nombre en su mente.

—¿No puede decirme nada más de ella?

—No sé nada más —mentí, para no tener que hablarle de las fotografías—. ¿Recuerda si tío Charlie le habló alguna vez de una mujer llamada así?

—Nunca. ¿Quiere decir que él sí la conocía?

—De eso estoy seguro, aunque no sé hasta qué punto.

—Pues nunca me habló de ella.

—¿Y de alguien llamado Borden Link, le habló el viejo?

—Link... No, tampoco. ¿Es el asesino acaso?

—¿Cómo quiere que lo sepa? La policía está trabajando en el caso.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—Me hace preguntas relacionadas con tío Charlie, ¿no es cierto? Parece que sigue trabajando en el asunto... a pesar de lo sucedido.

—Me limito a hacer preguntas aquí y allá, sólo para no estar con los brazos cruzados. Sea como fuere, no tengo ningún otro trabajo de momento.

—Pero... yo no tengo mucho dinero, míster Leighton. No sé si podré pagarle todo lo que hace...

—Hasta este momento nadie ha hablado de pagar. Descanse ahora, linda, y no tema nada. Entre la enfermera y yo no dejaremos que nadie pueda llegar hasta usted.

—¿Va a quedarse usted aquí también?

—¿Para qué? Ya estará la enfermera, a menos que otra la releve esta noche. En todo caso no estará usted sola, Cintia.

—¿Y si ese hombre vuelve a telefonear?

Me encogí de hombros, fastidiado.

—No podemos impedirselo, ¿verdad, querida?

Se recostó contra la almohada. De nuevo experimenté la profunda sensación de ternura. Podía ver la silueta de su cuerpo delineada por la sábana, pero eso no influía para nada en lo que sentía. Era algo más profundo y más limpio, un deseo de tenerla en brazos sólo para darle el calor de mi seguridad, para infundirle ánimo y disipar sus temores.

Cuando levanté la cabeza tropecé con sus grandes ojos fijos en mí. Le sonreí alentadoramente.

—Todo irá bien, ya lo verá.

—Pero no sé qué clase de mercancía quiere ese hombre, se lo aseguro. Si lo supiera se la daría sólo para no oír nunca más su voz...

—Le daremos algo que le gustará menos que eso que anda buscando. ¿Qué sabe del testamento de tío Charlie?

—¿Testamento? Ni siquiera sé si hay alguno...

—Le apuesto a que sí lo hay. ¿No conoce usted a algún abogado con el que el viejo estuviera en contacto?

—Hablaban algunas veces de uno cuyo nombre es Gilford.

—Lo buscaré. ¿Qué piensa usted hacer cuando salga de la cama?

—No lo sé... tendré que buscar algún trabajo.

—No me refiero a eso solamente, sino al lugar en que piensa vivir.

—Ni siquiera se me ha ocurrido. Estoy tan trastornada... Aunque sentiré dejar esta casa. Aquí he sido feliz con tío Charlie.

—Tal vez no tenga que dejarla. El no tenía parientes, de manera que si la compró posiblemente sea usted la heredera. En fin, todo eso no importa ahora.

Me levanté. Ella alargó rápidamente la mano y sujetó la mía. Para hacerlo necesitó soltar la sábana, que se deslizó peligrosamente. Luchó con la otra mano para sostenerla y murmuró:

—Es usted muy bueno, míster Leighton...

—Seguro. ¿No ve usted el halo sobre mi cabeza?

—No se burle. Yo...

—¿Usted qué?

—Nada.

Por alguna condenada razón, el cuello de mi camisa inició otra vez su encogimiento. Noté dificultades respiratorias. Su mano seguía apresando la mía.

—Debo irme ahora, Cintia. La enfermera vigilará hasta que pueda volver.

—¿Vendrá otra vez esta noche?

—Trataré de hacerlo.

—Le esperaré. Acérquese, ¿quiere?

—¿Qué?

Sonrió y tiró de mi mano hacia abajo. El maldito cuello de la camisa se convirtió en un dogal cada vez más apretado.

Me incliné sobre ella. Pensé en el beso fugaz que ella me diera dentro del coche, en la cosquilleante sensación que dejó en mi mejilla y me dejé caer sentado en el borde del lecho.

Ya estaba, me dije, otro besito en la mejilla.

Ladeé la cara. Iba sin afeitar. Sus labios encontrarían un contacto desagradable con mis hirsutos pelos...

Entonces sucedió. Su cara se acercó y con la otra mano me obligó a enfrentarla. Sonreía levemente cuando sus labios se estrellaron contra los míos.

Cuando apartó su cara respiré como un fuelle. Aquello era demasiado para soportarlo de una sola vez...

—Imagino que te has vuelto un poco loca, Cintia —balbucé.

—¿Porque te he besado?

—Ajá.

—Deseaba hacerlo.

—Si haces todo lo que se te antoja vas a verte envuelta en más de un embrollo.

—¿Te ha disgustado?

—Mira, pequeña, no sigas por ese camino o te pillarás los dedos. El fuego quema y no se puede jugar con él.

Se limitó a sonreír de nuevo de aquella manera dulce y pícara a un tiempo. Hube de realizar un tremendo esfuerzo para no estrujarla entre mis brazos, olvidándome de mis treinta y siete ajetrechos años, de sus dulces veinte... y de algunas cosas más.

—Ahora trata de dormir —le dije mientras me encaminaba resueltamente a la puerta.

—No podré.

Cerré. La enfermera estaba esperándome en la salita, que alguien había limpiado tan concienzudamente que no quedaba rastro de sangre por ninguna parte. Incluso el empapado diván había desaparecido.

—¿Cree que hay algún peligro para esa niña? —murmuró.

—Sin duda alguna. El tipo que ha telefoneado era el asesino del viejo.

No pareció alterarse lo más mínimo. Estaba más nerviosa a mi llegada que en aquellos momentos, cuando acababa de saber que el asesino rondaba por las cercanías o poco menos.

—He revisado las cerraduras de las puertas y ventanas —explicó—. Además, tengo un pequeño revólver en el bolso. Estoy autorizada para portar armas, ¿sabe? Casi siempre ando de noche por esas calles debido a mi trabajo...

—Muy bien. Téngalo siempre a mano mientras esté aquí. No le ocultaré que me siento mucho más tranquilo sabiendo que está usted armada, sin embargo, trataré de venir más tarde para que usted pueda descansar.

—No se preocupe. Ya estoy acostumbrada a pasar las noches en vela...

—Vendré de todos modos. Y si se presenta cualquier intruso y trata de entrar a la fuerza dispárele a la cabeza y haga las preguntas después. ¿Cree que podrá hacerlo?

Me miró recto a la cara.

—¿Por qué no? —dijo.

Supe que lo haría, lo cual resultó un consuelo en aquellas circunstancias.

CAPÍTULO VI

Puse tres cubitos de hielo en un vaso y los cubrí de *whisky*. Llevé el recipiente conmigo hasta el pequeño despacho de mi apartamento, encendí un cigarrillo y estudié de nuevo las cartas y las fotografías. Contemplé una vez más la hermosa imagen de la mujer del anillo, cuyo diamante parecía un ojo frío y maligno en la ampliación. Comprobé que, tal como había advertido, la decoración y distribución del cuarto donde había sido tomada la foto no se parecía en nada al que había visitado en el apartamento de lujo. Lo tiré todo a un lado de la mesa, fastidiado por la falta de resultados.

Entonces tomé distraídamente las revistas y pasé unas cuantas hojas, admirando de manera inconsciente las mujeres retratadas en sus páginas. Mi mente seguía otros derroteros más prosaicos.

De repente, algo pareció vibrar en alguna parte escondida de mi mente mientras pasaba página tras página. Poco a poco, el girar alucinante de las ruedecitas del cerebro redujo la marcha hasta detenerse y dejé de pensar en nada más que no fueran aquellas fotografías asombrosamente nítidas y detalladas, aquellas mujeres que parecían mirarme desde el papel, desafiantes unas, recatadas otras como si no se dieran cuenta de su falta de ropa, pero todas ellas luciendo la provocación de sus cuerpos como modernas esculturas llenas de sorprendente vida.

¿Qué demonios me había sobresaltado?

Volví las páginas atrás, mirando una a una las bellezas fotografiadas.

Entonces la descubrí. Ocupaba toda una página a color. Y no cabía la menor duda que una mujer semejante merecía los honores de los colorines e incluso una orla dorada enmarcando la página.

Era la misma dama que aparecía en las fotografías en compañía

de Borden Link.

Anne.

No sé cuánto tiempo estuve con la mirada clavada en la imponente belleza allí reflejada. Desde luego, no era precisamente una fotografía artística ni mucho menos, sino que contenía una carga de sensualidad. Estaba en una pose rebuscada, acurrucada contra un tapiz rojo que colgaba en gruesos pliegues detrás de su espalda. Su provocativa mirada parecía burlarse del fotógrafo que había estado detrás de la cámara. O tal vez pensase en los papanatas que soñarían despiertos al contemplarla en la revista. Cualquiera sabe lo que puede pensar una mujer semejante en tales momentos.

De pronto se me ocurrió algo más. Aparté la revista y busqué en las demás. En cada una de ellas había una fotografía a todo color de la misma mujer, aunque con distinta pose y decorado.

Me fijé que lucía una cabellera negra como ala de cuervo, larga y casi sin ninguna ondulación. En algunas de las fotos le caía sobre los firmes senos cual si tratara de velarlos. Tenía largas pestañas y ojos rasgados de mirar burlón.

Bien, había dado con lo que me hacía falta para llegar al fondo del asunto. Arranqué una de las fotos, anoté las señas de la redacción de la revista y guardé las demás en la caja fuerte, junto con las cartas y las fotografías pequeñas.

Entonces consideré que me había ganado el trago y vacié el vaso a pequeños sorbos. Si no me fallaba la suerte, a la mañana siguiente sabría quién era la dama. Después de eso vería si estaba equivocado en mis cálculos o si había acertado a la primera.

Entre unas cosas y otras, eran más de las doce cuando llegué a la casona. La enfermera me recibió con evidente satisfacción. Sus ojos cargados de sueño se animaron al tiempo que me informaba de que Cintia dormía plácidamente y que nada alarmante había sucedido.

—Está bien —dije cuando terminó—. Vaya a acostarse y descanse unas horas. Yo velaré esta noche.

—Lo haré porque estoy rendida, pero llámeme usted si ella necesita algo o si ocurre cualquier cosa. ¿Lo hará?

—Descuide.

Esperé hasta que se hubo metido en una habitación. Entonces inicié el recorrido por toda la casa, asegurándome de que tanto las

ventanas como las puertas estaban cerradas sólidamente.

Por último, entré en la habitación donde Cintia dormía con toda normalidad. Su respiración era regular y tranquila. Comprobé también la ventana del cuarto, cerré los postigos para mayor seguridad y volví a salir sin hacer ruido.

Fui a instalarme en la salita, dejando solo una pequeña lámpara encendida. Hundido en una butaca fumé un par de cigarrillos dejando suelta la mente para que emprendiera el vuelo.

Subió tan alto que no pude seguirla, de manera que me quedé igual que antes.

Resultó una noche interminable. Hubo momentos en que el sueño casi me venció y di unas cabezadas, amodorrado. Pero luego me despertaba sobresaltado y no volví a estar tranquilo hasta que una nueva revisión de toda la casa me convenció de que nadie había penetrado mientras el sueño se había adueñado de mí.

A las siete, la enfermera apareció, fresca y dispuesta para la lucha.

—Prepararé café, míster Leighton —anunció, jovial—. Se lo ha ganado usted esta noche.

—Le aseguro que me hace mucha falta.

—¿No se ha despertado la muchacha?

—Ni una sola vez.

—Eso es bueno. Hoy se encontrará como nueva. Quédese aquí mientras le traigo el café.

Pocos minutos después, el agradable aroma del brebaje se esparció por toda la casa. Detrás del aroma apareció la corpulenta enfermera trayéndome un enorme tazón lleno de café negro.

—No hay crema, míster Leighton —anunció—. Tendrá que tomarlo negro.

—Precisamente es así como me apetece.

Apenas si pude esperar que se enfriase. Después de beberlo me encontré mejor. Pude encender el primer cigarrillo del día sin que me supiera a paja.

Poco después me dirigí en silencio a la habitación de Cintia. Continuaba durmiendo profundamente. Cerré la puerta y me metí en la cocina, donde la matrona engullía un tazón de café en el que hubiera podido navegar un acorazado.

—Ella duerme todavía —dije—, de manera que me marchó.

Dígale que he estado aquí, eso la tranquilizará. Y usted no la deje sola en ningún momento, aunque el doctor diga que ya no la necesita aquí. ¿Ha comprendido?

Asintió con un gesto. Antes de marcharme ella comentó:

—Después de todo, éste es uno de los servicios más descansados con que he tropezado jamás.

—Pero peligroso.

Se encogió de hombros.

Me largué en busca del coche y me encaminé a la dirección de la revista de desnudismo. Llegué allí cuando todavía estaban cerradas las puertas, de manera que entré en un bar y desayuné con buen apetito.

Cuando finalmente conseguí que el director de aquella publicación me recibiera, el reloj señalaba las nueve y cuarto. Eso me demostró que mi costumbre de levantarme tarde era, además de agradable, práctica. Por un día que me levantaba a las siete...

—Su tarjeta dice que es usted investigador privado —gruñó, tirándola despectivamente sobre la mesa—. Todavía no sé por qué he accedido a recibirlo.

Era un tipejo calvo como un huevo, pequeño y con una cara delgada y afilada como la de un pájaro. Unos gruesos lentes cabalgaban sobre su prominente nariz. Tenía una mirada fría y desprovista de todo calor humano.

—Tal vez tiene usted algo que le inquieta —dije—. Pero yo he venido a hablarle de Anne.

—¿Quién es Anne?

Saqué la página de su revista que había arrancado y la desplegué ante sus narices.

—No me diga que no recuerda usted a ese monumento —le espeté.

Sus cejas se arquearon hasta formar un núcleo de profundas arrugas sobre ellas.

—Claro que la recuerdo —estalló—. Nunca hemos vuelto a tener una modelo como ella.

—¿Modelos las llaman ustedes?

—Naturalmente.

—Mi mamá tenía otra palabra más gráfica para expresar eso. Claro que ella era muy anticuada, usted sabe.

—¿Está burlándose de mí?

Hasta la lisa piel del cráneo se le congestionó, tiñéndose de rojo.

—Ni por asomo. Así que esa dama no se llamaba Anne según usted.

—¡Que va! Su nombre era Lee. Lee Méroy si no recuerdo mal.

—Ajá, ahora empezamos a llegar a alguna parte. ¿Qué se hizo de ella?

—No lo sé. Desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Ya sabe cómo son esas chicas. Hoy vienen a posar y al día siguiente le han echado el anzuelo a un primo, con el que se largan por ahí hasta haberle sacado los cuartos. Después vuelven, y se van otra vez... Ella nunca volvió.

—¿Había desaparecido alguna otra vez con anterioridad?

—No, o si lo había hecho no lo recuerdo.

—Veo que las fechas de publicación de los números en que aparece esa Lee o como se llame corresponden a siete años atrás. ¿Desde entonces no ha vuelto a saber nada de ella?

—Ni una palabra. Incluso lo hemos comentado alguna vez con los fotógrafos.

—Supongo que mientras ella trabajó para ustedes tuvieron su dirección, ¿no es cierto?

—Claro, en nuestro fichero...

—¿Puede proporcionármela? Tras esto le dejaré trabajar en paz.

—Bueno, hace tanto tiempo que se fue que no veo ningún inconveniente en complacerle. Pero me gustaría saber por qué está buscándola ahora, míster Leighton.

Denegué con un gesto.

—Usted sabe que nuestro trabajo siempre es confidencial...

—Sí, bueno, lo es mientras a ustedes no les conviene lo contrario...

Pero pidió la dirección que constaba en el fichero y unos minutos más tarde la tuve en mi poder.

Como despedida, el hombrecillo cacareó:

—Si la encuentra usted díglele que venga a verme por lo menos una vez. Me gustará comprobar que los años la han convertido en una mujer completa en aquella época era demasiado tierna todavía.

—¿A qué demonios le llama usted tierna?

Cerré la puerta ahogando así su descascarillada risa.

La suerte seguía dándome la cara, pensé mientras descendía en el ascensor.

CAPÍTULO VII

El teniente Dillon me ofreció una silla frente a su mesa y me examinó con molesta atención.

—¿Qué encuentra de nuevo en mi cara? —indagué—. Es la misma que llevaba puesta ayer.

—Me pregunto cómo ha pasado usted la noche.

—¿A qué viene eso?

—Me han dicho que eligió para dormir el caserón del viejo...

Tardé unos segundos en comprender.

—Ya veo —dije—. Tiene a sus perros de presa vigilando el lugar, ¿eh?

Asintió con un gesto.

—No quiero más sangre si puedo evitarlo —manifestó—. Y esa chiquilla es muy linda para que ningún hijo de perra le haga daño. A propósito, ¿cómo está ella?

—Cuando he salido esta mañana todavía dormía.

Sentí un gran alivio al saber que la policía tenía vigilada aquella casa. Para premiar esos desvelos me incliné sobre la mesa y dije:

—Ayer tarde el asesino llamó a Cintia por teléfono, Dillon.

—¿Y qué quería?

Le miré con suspicacia.

—No parece muy sorprendido. ¿He de entender que también tienen ustedes intervenido el teléfono de la casa?

Asintió con un gesto y explicó:

—Nuestros expertos hicieron un trabajo maestro. Conseguimos grabar toda la conversación telefónica e incluso pudimos localizar el teléfono desde donde fue hecha la llamada.

Pegué un respingo.

—¡No me diga! —balbuceé, estupefacto.

—Tuvimos suerte, eso es todo —dijo modestamente—. El hecho de que fuera la enfermera quien respondió nos dio tiempo a localizarla. Tardó bastante en acudir la chica, y el criminal cometió un error al aguardar sin colgar el auricular.

—Pero vamos a ver, Dillon, ¿es que consiguieron también echarle el guante a ese bastardo?

—Desgraciadamente no llegamos a tiempo. El teléfono desde donde hablaban estaba situado casi al otro lado de la ciudad. Pertenece a una farmacia y cuando llegamos allí la cabina estaba vacía.

—¿Encontraron huellas en el auricular?

—¡Diablos, a montones! —exclamó—. Pero ninguna nos sirve. El grandísimo bribón debía llevar guantes o se protegía la mano con un pañuelo. Lo que sí logramos obtener fue una descripción bastante buena del desconocido.

—¿Corresponde a alguien que conozca por sus ficheros?

—Eso ya es más difícil de determinar. No obstante, estamos trabajando en eso todavía.

—Bueno, ¿y de los licenciados de la cárcel qué?

—Por ahí también tenemos algo. Hubo un tal Joe Strand que compartió la misma celda con Fred O'Connor.

Entablaron una buena amistad, pero sólo duró hasta poco antes que el viejo fuese puesto en libertad. En esa ocasión tuvieron un altercado de todos los demonios en medio del patio. Joe Strand le propinó al viejo un par de golpes que lo dejaron casi inconsciente. Entonces intervinieron los guardas y el asunto quedó zanjado.

—Y eso fue poco antes de liberar al viejo...

—Ajá.

—¿Cuándo salió del penal ese Joe Strand?

—Hace tres meses. Tengo a la mayoría de mis hombres dedicados a su búsqueda.

—Puede haber cometido el crimen por venganza..., pero no olvide que en su llamada de ayer tarde mencionó cierta «mercancía».

—Eso es lo que me preocupa.

—Además, no puedo creer que si el viejo tenía algo verdaderamente valioso lo mencionase a sus compañeros de

encierro. ¿Cómo lo ha sabido ese Strand?

—Todo eso no se aclarará hasta que lo tengamos aquí. Y me gustaría saber igualmente en qué consiste esa «mercancía» tan valiosa.

—Quizá lo averigüe con un poco de suerte. Otra cosa, teniente. ¿Qué hay de la cuenta bancaria del viejo?

—Pero, vamos a ver —estalló—. ¿Ha abandonado usted el caso o no?

—Le dije que sentía curiosidad por este asunto. Me limito a satisfacer ese deseo.

—Sí, seguro que es eso —refunfuñó.

—¿Revisaron la cuenta o no?

—Sin duda. Hay un saldo de cinco mil y pico de dólares. Y no es eso sólo lo sorprendente tratándose de un individuo como O'Connor;

¿sabe cómo efectuaba los ingresos?

—Ni idea.

—Bueno, se presentaba cada primero de mes con seiscientos dólares en efectivo, ingresaba quinientos y durante el mes libraba cheques para sus pagos. Así es como se han acumulado esos cinco mil pavos.

—¿Seiscientos dólares al mes?

—Así es.

—No hay ningún seguro que pague esa cantidad como retiro a los sesenta años.

—Ahí es donde reside el nudo de la cuestión. Todo hace pensar en un chantaje continuado, aunque es indudable que de ser así la víctima debe tener más dinero del que puede gastar.

—¿Nunca ingresó ningún cheque en lugar de efectivo?

—Ni una sola vez. Siempre billetes.

Pensé en las fotografías y las cartas que tenía en mi caja fuerte. ¿Sería la hermosa Anne quien le proporcionaba semejante renta al viejo? ¿Y se habría cansado de pagar...?

Aunque el crimen no era el que puede esperarse de una mujer, no por eso debía descartarse. Pudo valerse de un cómplice.

—¿En qué está pensando? —farfulló el teniente.

—En ese chantaje. Si el viejo tenía las pruebas suficientes para obligar a alguien a pagarle durante cinco o más años, pudo

comentarlo en el penal. La «mercancía» que el criminal anda buscando pueden ser esas pruebas, ¿comprende lo que quiero decir?

—Claro que sí. Según esa teoría, el asesino quería las pruebas para seguir él con el negocio. Y al negarse el viejo lo mató. Sin embargo, ahora queda la pequeña...

—Ésta está bien guardada —gruñí—. ¿Dice usted que Joe Strand está en la ciudad?

—Seguro.

—¿No han conseguido nada con los confidentes?

—Ninguno de ellos sabe maldita la cosa. ¿Se le ocurre a usted algo más práctico?

—Nada, Dillon; la verdad es que estoy desconcertado. Sigo sin comprender por qué el criminal avisó al viejo con dos meses de anticipación. También es más que sorprendente que un profesional esté a punto de dejarse pillar en un teléfono por tener la línea ocupada tanto tiempo. ¿Es que ese Strand es un aficionado?

—¿Aficionado dice usted? Es uno de los más hábiles estafadores que existen.

—Entonces es incomprensible. A menos, claro está, que la cárcel le haya atrofiado el cerebro.

—No tardaremos en echarle el guante —aseguró—. Entonces aclararemos todos esos enigmas. ¿Quiere acompañarme, Leighton? Voy a tomar declaración a la muchacha. Ya le he dado demasiado tiempo.

—Gracias, teniente. Tengo otras cosas que hacer, entre ellas buscar un cliente.

Nos despedimos y cada uno se fue por su lado.

Consulté el anuario profesional de abogados. Sólo había uno cuyo nombre fuera Gilford, de manera que me encaminé a su despacho ordenando mis ideas cuidadosamente. Cuando ya subía en el ascensor del edificio donde estaba el despacho del picapleitos creí haber llegado a un par de conclusiones alentadoras. Sólo faltaba comprobarlas.

Míster Paul Gilford era un hombre entrado en años, obeso y colorado, jovial y astuto a un tiempo.

Me escuchó con paciente atención hasta que terminé.

—Precisamente esta mañana tenía pensado visitar a esa señorita —dijo cuando callé—. No me enteré del desgraciado suceso hasta

que leí los periódicos de anoche. Estuve fuera de la ciudad un par de días, ¿comprende?

—Eso quiere decir que tiene usted algo para ella.

—Efectivamente. Míster Polk redactó su testamento hace algún tiempo.

—¿Hay algún pariente en alguna parte?

—Ninguno. No creo que sea violar el secreto profesional si le digo que la única heredera es Cintia Loring. El viejo míster Polk me confesó que era una chiquilla encantadora que le alegraba sus horas de soledad...

—¿Puede anticiparme el contenido del testamento, o una parte de él?

—No.

La negativa fue rotunda, pero insistí:

—Solamente quiero saber si hay alguna cláusula extraña, fuera de lo corriente, ¿comprende? No me interesan las cantidades que deja ni nada semejante.

—No hay nada sorprendente excepto lo de las maletas.

—¿Qué?

—Míster Polk tenía sus manías, usted sabe. No le gustaban los trajes oscuros ni demasiado claros. Detestaba a los perros y no podía soportar la permanencia en una habitación con la puerta cerrada...

—¿Qué tiene eso que ver con unas maletas?

—Realmente nada, sólo lo he mencionado para poner de manifiesto una faceta de su carácter. Según él, guardaba unas maletas viejas en el desván. En el testamento impone la obligación a su heredera de quemarlas todas en la caldera del sótano sin abrirlas siquiera.

—Ya veo..., de todas formas no tiene importancia. La policía lo registró todo y no encontró nada de interés en esas viejas maletas.

Se encogió eje hombros.

—Eso no me incumbe a mí, míster Leighton. ¿Alguna cosa más?

—Eso es todo, gracias.

Me despidió efusivamente y yo me marché satisfecho de haber aclarado un extremo por lo menos. Ya no me cabía duda que el viejo había utilizado las cartas y fotografías para someter a chantaje a la hermosa mujer llamada Anne. Pero había tenido la intención de

mantener oculto su medio de vida a Cintia, de manera que se aseguraba, mediante el testamento, que las pruebas de su delito serían destruidas a su muerte, con lo que la muchacha seguiría convencida de que su viejo tío Charlie había sido un modelo de anciano amable y cariñoso.

Quedaba el detalle de por qué se había conformado con seiscientos dólares mensuales en lugar de estrujar a su víctima con fuertes cantidades, pero eso era secundario.

Mi siguiente parada fue en la dirección que me había dado el editor de las revistas. Resultó una de esas pensiones exclusivamente femeninas, sin lujos y con un reglamento interior un tanto elástico, mientras se guarden las formas.

La patrona era una mujer obesa y que olía a ginebra a una manzana de distancia. Sus ojillos descubrieron el billete que yo me entretenía en arrollar alrededor de mi dedo índice.

—¿Lee Méroy? —bufó—. ¡Claro que la recuerdo!

—Quiero encontrarla y lo único que sé de ella es que vivió aquí.

Eché un impaciente vistazo al billete de cinco dólares.

—No creo que pueda decirle mucho —refunfuñó—. Era una de tantas chicas como pasan por mi casa. Viven aquí un tiempo, se sitúan y desaparecen.

—¿Ella se situó al fin?

—¿Lee Méroy? Seguro. Se casó.

Contuve el aliento cuando hice la siguiente pregunta:

—¿Con quién?

—Nunca pude saberlo. Sólo me enteré de que él era un hombre cargado de dinero, uno de esos tipos de la alta sociedad.

—¿No puede decirme nada más que me permita localizarla?

—Nada, excepto que fue una boda muy rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Ella insistió en que fuera una ceremonia sencilla, sin muchos invitados y sin publicidad. Entre sus compañeras dijo que no le gustaba el boato que una ceremonia solemne lleva consigo. ¡Vaya zorra!

—Usted cree que lo que realmente deseaba era que nadie o casi nadie la viera cuando se casase, ¿no es eso?

—Poco más o menos. Una boda con un millonario habría atraído a los periodistas, ¿se da cuenta? Sus fotografías hubieran aparecido

en todos los periódicos y alguien podría haberla reconocido como modelo de desnudos. Eso es.

Le entregué el billete. Sus ojillos chispearon satisfechos.

—Una última pregunta —dije—. ¿Sabe usted en qué iglesia se casó?

—No se molestó en decírnoslo —rezongó.

—¿Tampoco supo usted si se casó en Los Ángeles o fuera de la ciudad?

—Desde luego, se casaron en Las Vegas, en el año cincuenta y siete. Es cuanto puedo decirle.

—Creo que es suficiente.

Cerró la puerta de golpe. Seguramente tenía prisa en emplear los cinco dólares en una botella de ginebra.

Me detuve en una oficina de telégrafos y redacté un largo telegrama dirigido a un colega de Las Vegas. Además del nombre de Lee Méroy le indiqué el de Anne, pidiéndole que revisase los registros del año mil novecientos cincuenta y siete en busca de aquella boda. El novio tenía que ser alguien más o menos conocido socialmente, puesto que tenía millones.

Después de eso no paré hasta mi despacho, donde consulté una pequeña guía telefónica de bolsillo que guardaba cuidadosamente en la caja fuerte. Algunas de las direcciones y nombres que contenía podían considerarse auténticamente secretos y peligrosos.

Tras encontrar lo que buscaba marqué el número y esperé. El timbre estuvo llamando un buen rato antes de que el auricular fuera descolgado. Entonces una voz bronca llegó a mi oído:

—¿Quién llama?

—¿Mugs?

—Al habla.

—Aquí Leighton. Estoy en mi despacho. Te espero dentro de media hora.

—¿Cuánto?

—Depende. Veinticinco tal vez, o cincuenta si tus *trinos* me gustan.

—Okey.

Sonó un chasquido. Colgué, guardé la libreta de tapas negras en la caja y cerré ésta. Encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

CAPÍTULO VIII

Resultaba asombroso que un conjunto de huesos tan deslabazado pudiera sostenerse en pie sin desmontarse como un rompecabezas. Sobre su rostro la piel se pegaba a los huesos con avaricia y sólo sus ojos, pálidos y grises, destacaban con algo de vida. Si uno no estaba acostumbrado a ellos sentía un escalofrío al mirarlos.

—Siéntate, Mugs —dije.

Comenzó a plegarse hasta quedar sentado en la butaca. Sus dos metros de estatura se redujeron de tal manera que más pareció un truco de prestidigitador que otra cosa.

—¿De qué se trata esta vez, míster Leighton?

—Hace unos tres meses salió de San Quintín un tipo llamado Joe Strand. Quiero encontrarlo.

—¿Joe Strand?

—Ése es el nombre.

—Es peligroso, jefe.

—Yo también lo soy cuando me conviene.

Lo pensó durante unos segundos. Después murmuró:

—¿Cincuenta *machacantes*, míster Leighton?

—La mitad, Mugs.

—Sigue siendo usted tan tacaño como de costumbre.

—Al grano. Tal vez si me llevas directamente hasta el tipo llegue a cincuenta.

—¿Habrás jaleo con Joe, míster Leighton?

—Nada de jaleo. Se trata de mantener una conversación privada.

—Ya conozco su manera de conversar con tipos como Joe...

—Suéltalo ya de una maldita vez, saco de huesos. ¿Crees que puedo perder todo el día contigo?

—Está bien, está bien; Joe Strand comparte el apartamento de su vieja amiguita, en Roland Street, mientras busca otro mejor.

—¿Seguro?

Me miró con ojos húmedos. Uno nunca sabe lo que quiere expresar un tipo como Mugs con sus miradas.

—¿Le he fallado alguna vez, patrón? —se lamentó.

—De manera que acaba de salir de *chirona* y ya está buscando un apartamento de categoría, ¿eh?

Asintió con un gesto que puso en movimiento todos sus largos huesos. Pensé que iba a desmontarse, pero resistió.

—¿De dónde ha sacado la *pasta*?

—No lo sé. Parece que tiene un buen negocio en perspectiva. Pero es peligroso tratar de averiguar en qué consiste, usted lo sabe.

—De eso me encargaré yo —rezongué—. ¿Pasa mucho tiempo en el piso de esa mujer?

—Horas y horas. Es en el número siete dos cinco de la calle.

—¿Y el apartamento?

—En el tercer piso. Sólo hay dos puertas en el rellano. Es la segunda. ¿Me he ganado los cincuenta o no?

Le tendí el dinero, que él se embolsó después de doblarlo con sumo cuidado. Inició el asombroso movimiento de enderezarse hasta que se desplegó por completo. Entonces añadió mirándome desde su altura:

—Le aconsejo que vaya armado, jefe. Joe es un mal bicho.

—Siempre sigo tus consejos, Mugs.

Desapareció de mi despacho tan silenciosamente como si no se hubiera movido una partícula de aire.

Media hora más tarde llamaba a la puerta del piso en que se alojaba Joe Strand. A la tercera llamada una voz de mujer gritó desde el otro lado de la puerta:

—¡Lárguese! No queremos comprar nada.

—Quiero hablar con Joe, ricura.

Hubo un murmullo de voces contenidas. Después ella inquirió:

—¿Quién es usted?

—Mann Leighton.

—¿Qué más?

—Detective.

—¡Oh!

Reinó un corto silencio, después del cual la puerta se abrió y una mujer pelirroja, envuelta en una bata transparente como el cristal, quedóse mirándome escrutadoramente.

A través del leve tejido podía recorrerse perfectamente la silueta de su cuerpo. No estaba nada mal, pero tampoco podía catalogarse como una gran belleza. Joe tendría que cambiar pronto de pareja si quería estar acorde con su nueva situación.

—Pase.

Entré y ella cerró la puerta.

Joe Strand estaba sentado en el borde de la cama, al fondo del cuarto, tan inmóvil como un Buda.

—Hola, Joe —dije, avanzando hasta el centro de la pieza.

—Muéstreme su chapa, polizonte —gruñó.

Observé que su mano derecha desaparecía entre unas grandes arrugas de la sábana.

—Si lo hago verás que soy un detective privado, Joe. ¿Para qué perder el tiempo?

Pegó un salto y quedó de pie.

—¡Un fisgón privado! —estalló—. Salga de aquí antes que lo tire por la ventana.

—Siéntate y no seas idiota. He venido a hablar contigo y no me iré sin haberlo hecho.

Se movió de lado. Mi mano se movió mucho más rápida que él.

—Cuidado, muchacho —le advertí, mostrándole mi «38». Con este trasto puedo hacer filigranas en tu barriga.

Se inmovilizó.

—Apártate de la cama... eso es, ahí estás bien, junto a la pared. Y tú puedes hacerle compañía, gatita.

La pelirroja me dijo en muy pocas palabras lo que opinaba de mí y de parte de mi familia. Era indudable que no había asistido a buenas escuelas en su juventud.

Me acerqué al lecho y tiré de la sábana. Apareció una automática de gran calibre. Al apoderarme de: ella descubrí que tenía el seguro quitado. Corrí la palanquita y me guardé aquel cañón en el bolsillo.

—¿Sabes lo que te hará la policía si te encuentra con un chisme de éstos, estúpido? —le espeté.

—¿Ha venido a decirme eso, fisgón?

—No hagas las cosas más difíciles de lo que son, Joe —le advertí pacientemente—. Sabes que puedo hacerte daño, de manera que pórtate bien. Tú, linda; quítate esa mosquitera que llevas, ponte un vestido y lárgate a dar una vuelta hasta que te llamen.

—Tendrá que echarme si quiere perderme de vista.

—No tengo inconveniente.

Avancé y antes que ninguno de los dos pudiera reaccionar le asesté un golpe a Joe con el cañón del revólver. Cayó de rodillas y no se movió durante unos instantes. Era justo lo que necesitaba.

Agarrando a la pelirroja por el brazo la arrastré hacia la puerta. Comprendió que la cosa iba en serio y se puso a chillar toda una catarata de insultos. Cuando le faltó el aliento abrí la puerta y la deposité en el pasillo sin mucha delicadeza.

—Ten cuidado con las corrientes de aire, cariño —le recomendé antes de cerrarle la puerta en las narices.

Joe estaba incorporándose pesadamente. Con sus manos velludas se acariciaba el costado de la cabeza donde había recibido el batacazo.

—Ahora hablaremos tú y yo. Puedo estar dándote en la cresta hasta que se doble el cañón del revólver, así que tú verás.

—Me parece que está usted loco. Nunca nos hemos visto... no tiene nada contra mí.

—Yo no, pero

O'Connor
sí lo tenía.

Pegó un brinco y me miró, estupefacto.

—

¿O'Connor?

—tartajeó—. ¿Qué pasa con él? No irá a decirme que piensa acusarme de su muerte.

—Ésa es mi idea precisamente.

—¡Maldito bastardo! No le hice nada a
O'Connor.

Éramos amigos.

—Seguro. En nombre de esa amistad le pegaste una paliza en el patio de la prisión, ¿no es así?

—Bueno, tuvimos unas diferencias, eso fue lo que pasó.

—Mientes, Joe, y mi paciencia es tan pequeña como un recién

nacido. Quiero la verdad.

—Le estoy diciendo que...

Avancé unos pasos. El se encorvó, tensando los músculos. Le enseñé los dientes en una mueca.

—Tú le llamaste por teléfono, Joe —dije—. Saliste de la cárcel hace tres meses poco más o menos. Tardaste uno en localizarlo, y entonces le llamaste por primera vez, ¿eh?

Saltó como disparado por un resorte. Apenas si tuve tiempo de echarme a un lado y descargar un mazazo con el revólver. Sólo le alcancé de refilón pero aulló de dolor y la sangre comenzó a deslizarse de su rasgada piel.

—No lo intentes otra vez o te haré daño, Joe —le advertí con calma—. Empieza a hablar y todos saldremos ganando.

—¡Váyase al infierno!

Lancé el brazo hacia adelante. La punta del cañón se le hundió en el estómago y casi le atravesé. Se derrumbó doblado sobre sí mismo, hipando y gimiendo de dolor. Estuvo más de dos minutos sin encontrar voz por ninguna parte.

—Vamos, en pie, sabandija.

Se levantó apoyándose en los pies de la cama para sostenerse. En sus ojos estrechos y crueles brilló una luz fosforescente.

—Estás pensando la manera cómo te gustaría despedazarme, ¿eh, Joe? —le espeté—. Es mejor que dediques tu cerebro a otros menesteres... si es que tienes algo más que serrín en tu sesera. ¿Qué fue lo que te reveló

O'Connor

en el penal?

—Ya le he dicho que no sé de qué está hablando...

Di un paso hacia él, que lo retrocedió.

—Joe, hemos acabado. De ahora en adelante voy a hacerte daño. Y después te entregaré a la policía acusado de tenencia ilícita de armas y agresión, que he tenido que repeler.

—¿Qué diablos...?

—Eso es lo que declararé a la policía, Joe. No hay duda que me creerán a mí, dados tus antecedentes. Irás otra vez al penal, y pasarán muchos años antes de que te suelten de nuevo.

—Usted no puede hacerme eso a mí. No sería más que una sarta de embustes.

—Seguro, pero sólo tú sabrías que son embustes. Además, la pistola es real, ¿eh? Y hay tus huellas dactilares en ella.

Reflexionó penosamente durante unos minutos. Finalmente, y mientras restañaba la sangre de su cara, gruñó:

—Está bien, por esta vez usted tiene los triunfos en la mano, fisgón, pero ya nos veremos.

Le interrumpió un alboroto en el pasillo. Presté atención hasta que la voz de la pelirroja gritó desde fuera:

—¡Joe, Billy y Buchanan están aquí! Trata de abrir la puerta y entre los dos le darán su merecido a ese puerco.

—Qué lenguaje más dulce, amorcito —dije a través de la puerta—. ¿Qué dices tú, Joe?

Éste sólo vaciló unos segundos.

—¡Largo de ahí los tres! —gritó—. Valiente ayuda la tuya.

—¡Joe, estoy casi desnuda! No puedo andar así por...

—¡Maldita sea, lárgate ya!

Ella calló, sonaron pasos y voces alejándose y Joe abatió la cabeza.

—¿Vas a cantar de plano ahora, mequetrefe? —pregunté con voz seca.

—Sí, no tengo nada que temer en el asunto de O'Connor.

Yo no lo maté.

—¿De veras?

Se dejó caer en la cama y me miró con ansias asesinas en sus ojos. Vio que no conseguía nada con eso y agachó la cabeza.

—

O'Connor

me contó sus proyectos para cuando saliera del penal —empezó—. Dijo que ya estaba harto de cárcel y de correr tantos riesgos. Habló de un negocio que tenía en perspectiva y que iba a proporcionarle una renta vitalicia de, por lo menos, quinientos dólares al mes...

—Fueron seiscientos.

—Debió cambiar de opinión después de salir de San Quintín. Bueno, poco a poco conseguí sacarle el secreto. Tenía unas fotografías y unas cartas que iban a abrirle las puertas de la fortuna.

—Chantaje, como de costumbre.

—Pero con algunas variantes...

O'Connor

no quería reunir una gran suma de golpe, gastarla y volver a pedir más. Eso era muy arriesgado y él ambicionaba vivir sosegadamente, retirado, en una casita con jardín y sin tener que preocuparse del día de mañana.

—Lo consiguió sin lugar a dudas. Sigue, Joe; hasta ahora lo haces bastante bien.

Me fulminó con su mirada de pescado muerto. Tampoco esta vez me impresionó y no tuvo más remedio que seguir.

—Yo traté de convencerlo de que, semejante asunto, bien explotado, podría darnos una fortuna a cada uno. No quiso saber nada y ése fue el motivo de nuestras peleas.

—Okey, eso está claro. Vayamos ahora a tu salida del penal.

—Bueno, me costó casi un mes dar con él. Entonces le llamé por teléfono y le dije que, o me daba entrada en su negocio, o lo echaría todo a rodar.

—¿De qué manera?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera lo había pensado, tan seguro estaba de convencerlo si le asustaba... Bien, el caso es que se puso furioso. Chilló como un loco por teléfono. Me aseguró que me pegaría dos tiros tan pronto pudiera ponerme la vista encima, que ni siquiera me preguntaría nada. Sólo dispararía.

—Y por eso lo degollaste, ¿eh?

—¡Yo no hice nada semejante! Me limité a esperar que el miedo hiciera presa en él. Entonces yo estaba seguro que claudicaría y podría imponerle mis condiciones.

—Pero no se rindió, ¿eh?

—No. Hablé con él por segunda vez la misma tarde en que murió. Estaba nervioso y tan violento como la vez anterior. Sus chillidos me reventaban los tímpanos, de manera que después de decirle lo que pensaba colgué el auricular sin esperar más.

—Y dos horas después de esa llamada,

O'Connor

murió asesinado. Es una coincidencia muy grande para que sea eso: Coincidencia.

—¡Maldita sea, hombre! Me pide la verdad, se la digo y ahora resulta que ni siquiera me cree.

—¿Tienes una coartada para la hora del crimen, Joe?

—¡Claro que la tengo! Estuve aquí todo el tiempo en compañía de Grace.

—¿La pelirroja? Eso no te sirve de nada. Llamaste por teléfono una tercera vez, Joe, y amenazaste a la chica con hacerle lo mismo que al viejo si no te entregaba la «mercancía». Y esa tercera vez tuviste un descuido al permitir que pudiera ser localizada la llamada.

Abrió la boca, estupefacto.

—¿De qué chica está hablando, fisgón? —estalló—. No volví a telefonar a aquella casa después de leer en los periódicos lo que le había sucedido al viejo. ¿Cree que soy idiota?

—Precisamente. Eso fue una idiotez.

—No sé nada de ninguna chica. Pensé que la policía encontraría el «material» cuando registrasen la casa... eso hizo que diera el asunto por terminado.

—La policía tiene tu voz registrada en cinta magnetofónica, Joe —le informé—. Te harán hablar por teléfono y la grabarán de nuevo. Luego, un aparato comparará las vibraciones de ambas y quedarás descubierto, de manera que es inútil seguir negando.

—¿Cuándo registraron mi voz? —preguntó con voz estrangulada.

—Durante la tercera llamada, ya te lo he dicho.

Suspiró, aliviado.

—Yo no llamé por tercera vez, maldito sea. No me importa que hagan esa prueba con mi voz porque no coincidirá. A propósito, ¿qué es eso de una chica en casa de O'Connor?

—No lo comprenderías, así que no vale la pena de hablar de ello. ¿Estás dispuesto a presentarte al teniente Dillon y someterte a esa prueba?

—¡Claro que estoy dispuesto! No pueden hacerme nada por haber llamado las dos veces anteriores... no hay ninguna prueba de lo que hablamos, así que no me preocupa. ¿Va a llevarme usted a ese teniente?

—¿A ti qué te parece?

Se dirigió resueltamente a la silla donde tenía colgada su americana y se la puso sin vacilar. De repente se inmovilizó y me

miró con cara de susto.

—Un momento —graznó—. No irá usted a delatarme por esa pistola...

—*Okey*, Joe; eres un tipo afortunado. Me quedaré con tu pistola para evitar que cometas ninguna estupidez. Irás tú solo a ver al teniente Dillon. ¿De acuerdo?

Se rascó el cogote, estupefacto.

—¿Y no me buscará usted más complicaciones?

—¿Para qué?

—Que me ahorquen... Bueno, me largo. Los malos tragos pasarlos pronto, y no crea, detesto a la policía. ¿Va a quedarse usted aquí?

—¿Con la pelirroja? No, gracias.

Salí y él me siguió como un corderillo. La semidesnuda dama estaba sentada en los escalones y no parecía nada feliz. Joe la apartó de un empujón cuando intentó abrazarse a él y descendimos a la calle como dos buenos amigos.

Al separarnos, él gruñó:

—Le debo algunos golpes, fisgón. Pero creo que después de todo me ha hecho un favor. Si los polis sospechan lo mismo que usted podré arreglarlo todo... por las buenas... y no me habrán pillado con la pistola encima.

Se alejó por la acera mientras yo maniobraba el coche. Un nuevo cabo había sido atado. Me sentí bastante satisfecho después de todo.

CAPÍTULO IX

No llevaba más de media hora en mi despacho cuando sonó el teléfono. Una voz dijo:

—Le habla el recepcionista del hotel Royal, míster Leighton.

—Ajá. ¿El pájaro ha vuelto a la jaula?

—Hace quince minutos que ha llegado, pero ha vuelto a salir para comprar algunas cosas.

—¿Solo?

—Sí.

—Supongo que no tardará en volver.

—No mucho. Él mismo me ha confesado que estaba agotado y que deseaba acostarse cuanto antes.

—Muy bien, vendré dentro de una hora aproximadamente. Entonces pasaremos cuentas. También me interesa saber si recibe alguna llamada telefónica, o cualquier visita, ¿comprendido?

—Perfectamente, señor...

Colgué. Bien, las piezas comenzaban a ponerse a tiro.

Continué en mi despacho, con el sillón inclinado hacia atrás y los pies apoyados sobre la mesa. Detalle por detalle repasé todo el embrollo. Pensé que el irresistible míster Link iba a verse en aprietos muy pronto. Sería una lástima por sus admiradoras, pero me dije que se lo había ganado a pulso.

Entonces el teléfono llamó una vez más y la voz del teniente Dillon dijo:

—¿Qué demonios le ha hecho usted a Joe Strand?

—¿De qué está hablando?

Se echó a reír.

—Ha estado aquí —añadió—. Muy sumiso y dispuesto a someterse a cualquier prueba para demostrar que él no había

llamado a la muchacha. Sólo al viejo.

—¿Y qué?

—Jamás hubiera creído que un tipo como Strand fuera capaz de acudir voluntariamente a mi despacho. Hemos registrado su voz, obligándole a pronunciar las mismas palabras que teníamos grabadas en la otra cinta...

—¿Y qué?

—No fue él.

—¿Sin sombra de duda?

—Ni la menor duda. El aparato no miente, y los especialistas están seguros del resultado.

—¿Qué ha dicho de las dos primeras llamadas?

—Sólo admite que conversó amigablemente con el viejo.

Sostiene que si alguien amenazó a O'Connor

no fue él. No hay quien lo saque de aquí.

—Sea como sea, se ha quitado usted un sospechoso de su lista.

—¿Cómo lo ha conseguido, Leighton?

—Tengo un poder de persuasión irresistible, teniente. Mi mamá quería convertirme en predicador metodista y...

—Ya sé, ya sé —me atajó—. Supongo que las heridas de la cabeza de Joe no tienen nada que ver con ese poder de persuasión...

—¿Qué heridas?

Soltó una risita y cambió de tema.

—A juzgar por lo que Strand ha dicho, usted sabe mucho de este asunto. Incluso he creído entender que conoce el motivo del crimen... ¿Qué hay de cierto en eso, Leighton?

—Ese Joe es un bocazas. He tenido que dispararle algunos «faroles» para asustarlo, eso es todo.

—Cuidado, Leighton. Si oculta una sola prueba del crimen va a ver su licencia convertida en *confetti*.

—¿Dónde está Joe ahora? —pregunté para cambiar de tema.

—Se ha largado ya.

—Me alegro. Tiene una pelirroja a medio vestir que está esperándole.

—¿Una qué? —bramó.

—Pelirroja.

Colgué y me recosté una vez más en el sillón basculante. Bueno, la prueba hecha a Strand confirmaba otro de los puntos que me habían intrigado.

Cuando consideré que ya había sometido mi cerebro a suficiente presión, descolgué el teléfono y llamé al Royal. La voz del recepcionista, con tono profesional, inquirió quién llamaba y le espeté:

—El repartidor de premios, compañero. ¿Ha regresado ya el gran míster Link?

—Está en su habitación, señor.

—OKey, voy para allá.

Colgué, revisé mi «38», lo cubrí con la americana y me dispuse a salir. Casi todos los demás despachos del edificio estaban a oscuras y cerrados. Me estaba volviendo demasiado activo de unos días a esta parte. Demasiado, por el precio que me costaba mi actividad.

Ya estaba en el pasillo cuando lo que había estado atosigándome durante horas volvió a la superficie y me venció. Regresé al despacho, entoné un mudo cántico funeral por mis escasos fondos y pedí una llamada a larga distancia con Las Vegas.

Cinco minutos después me dieron la comunicación y el detective del imperio del juego me saludó cordialmente.

—No hace ni media hora que he despachado un telegrama —dijo.

—En ese caso acabo de tirar por la ventana el importe de esta llamada. Está bien, adelántame el contenido del mensaje.

—Ha sido un trabajo fácil, Mann. Además, hemos estado de suerte gracias a que hubo un poco de lío en esa boda.

—¿Qué clase de lío?

—La muchacha trató de casarse con su nombre, Lee Méroy, pero sus documentos estaban a nombre de Anne Dakin, que a fin de cuentas es su verdadero nombre.

—Ya veo.

—Se casó con Barney Holman, un tipo cargado de millones que según mis noticias posee una cadena de fábricas de calzado en todo el país.

—Ya he oído hablar de él. Así que Holman se casó con la linda modelo, ¿eh?

—¿Era modelo?

—Y de una clase muy especial. Te mandare un par de fotografías tuyas sólo para que alegren tu despacho.

—Ya veo a dónde vas a parar. Bueno, sea como fuere, el novio estaba completamente loco por ella según dice el pastor que los casó.

—¿Un pastor?

—Ella dijo que era miembro de los *Testigos del Paraíso*.

—¿Qué demonios es eso?

—Una de las cuatrocientas siete mil sectas que aquí se anuncian con luces de neón y desfiles por las calles.

—Bueno, supongo que elegiría ésa porque su anuncio sería más grande que los demás. ¿Qué juez intervino?

—Lo he localizado también si te interesa.

—De momento no creo que lo necesite. Sólo deseaba saber con quién se había casado. Gracias, Rick. Mándame algún trabajo de vez en cuando.

Colgué y busqué el nombre de Barney Holman en la guía telefónica. Anoté las señas y me largué de la oficina reflexionando sobre algunas cosas un tanto divertidas que la vida ofrece de vez en cuando a los pobres detectives privados faltos de trabajo.

El recepcionista del hotel Royal me recibió con la mano tendida. La cerró sobre el billete, hundiéndola después en su bolsillo, y tras esas maniobras se dignó sonreír lo suficiente para justificar su puesto.

—Está en su habitación —anunció con voz de conspirador barato—. ¿No pretenderá usted armar un escándalo, míster Leighton?

—Soy enemigo acérrimo de los escándalos —le aseguré.

Tomé el ascensor, que subió ruidosamente, y dos minutos después estaba llamando a la puerta del apolíneo Borden Link.

Primero escuché un gruñido nada armónico, después los muelles de una cama chirriaron su protesta y alguien vino a la puerta andando sobre pies descalzos.

—¿Quién demonios está ahí? —refunfuñó el hombre, descorriendo el pestillo.

Por primera vez pude contemplar en carne y hueso al que, en un tiempo no muy lejano, había querido conquistar el estrellato.

Desde luego, su fachada tenía todos los atributos necesarios para

ello. Era tan alto como yo, casi tan ancho y mucho más guapo.

Llevaba un pijama de seda negra deslumbrante. Imaginé que formaba parte de su equipo de trabajo, por lo que me propuse tenerlo en cuenta si las cosas se ponían movidas.

—¿Sabe usted la hora qué es? —Gruñó.

—Seguro. Llámeme Leighton para empezar.

Entré resueltamente, para lo cual me vi obligado a empujarlo a un lado, y cerré la puerta detrás de mí. Me contempló atónito y desconcertado.

—¿Quién demonios...?

—No lo diga —le atajé—. Soy detective privado y estoy ganándome el pan en estos momentos. Bueno, eso no es exacto —rectifiqué ante su creciente estupefacción—. En realidad, estoy gastándome mis ahorros con este trabajo.

—¿Dónde ha dejado usted la camisa de fuerza? —farfulló—. No me cabe duda que se ha escapado de un manicomio.

—Eso sería muy malo para usted. Un loco de por sí ya es bastante desagradable, pero un loco que venga a hablarle de Lee Méroy supera lo imaginable, ¿no cree?

Eso no le gustó nada. Retrocedió al interior y yo le seguí. No pudo disimular su agitación cuando se sirvió una generosa dosis de *whisky* en un vaso sucio.

—¿Qué pasa con Lee? —barbotó—. Hace años que no sé nada de ella.

—¿Desde que se casó?

—Exactamente.

—¿Fue usted quien sacó las fotos, Link?

El vaso se deslizó de sus dedos y se hizo añicos en el suelo.

—¿Las fotos? —Casi gimió—. ¿Qué fotos son ésas?

—Lo sabe perfectamente. Unas en las que aparece usted con Lee Méroy en brazos. Es una escena de lo más comprometido, sobre todo porque se nota perfectamente el detalle del anillo de desposada de la mujer. Y, por si pudiera quedar alguna duda, esa del anillo fue ampliada... y después están las cartas...

—Usted..., usted es quién tiene todo eso...

—En eso acierta...

No pude acabar. Su puño voló y estalló en mi mentón lanzándome de cabeza a un rincón. Me sorprendió descubrir que,

además de fachada, tenía músculos y sabía utilizarlos.

Claro que resultó un descubrimiento muy desagradable.

Llegó a mi lado cuando acababa de levantarme de un salto. Por segunda vez me cazó como a un pardillo y su enorme puño repercutió en mi pecho con un ruido sordo. Algo barrenó mis pulmones y giré como una peonza, alejándome de él.

—¡Le haré pedazos! —me prometió.

Bueno, ya habíamos llegado demasiado lejos.

La tercera vez que mandó su maza contra mí esquivé y le apliqué un *gancho* corto a la barriga, cosa que le obligó a doblarse de golpe. Le aticé de abajo arriba en plena boca. Creí que me había roto los nudillos cuando saltaron sus dientes, pero solamente perdí parte de la piel que los cubría, de manera que pude utilizarlos todavía otra vez contra su hígado. Por un momento pensé que iba a sacarlo por la boca, tan violentas fueron sus arcadas.

Esperé pacientemente hasta que consiguió contenerse. Me miró con ojos turbios y barbotó:

—¿A qué ha venido si... lo tiene todo...?

—Quiero charlar con usted, gran hombre. ¿Qué le pasa en la boca?

Dijo algo muy sucio y después escupió sangre y dientes a partes iguales casi. Se quedó desolado ante semejante espectáculo, sobre todo porque eran sus propios dientes los que habían caído sobre la alfombra.

—Le mataré sólo por eso —dijo echando espumarajos de rabia.

—Ya imagino que es un grave contratiempo para usted. Con ese aspecto no puede ni soñar con cazar incautas... Pero vayamos a lo nuestro. Usted siguió viéndose con Lee después de casada, compadre. El anillo es la mejor demostración, ¿no es así? Además, en las cartas no queda lugar a dudas. Lee se enamoró de usted como una estúpida...

—Bueno, no fue la única —se jactó, llevándose un pañuelo a la boca.

—Okey, las mujeres suelen ser bastante tontas para estas cosas. Pero lo de usted fue doblemente repugnante, hermoso hijo de perra. La enamoró con la sucia intención de sacar las fotos para exprimirla, ¿eh? La esposa de un millonario. ¡Qué bocado para usted!

—¿Qué tiene usted que ver con ese lío? Alguien me robó las fotos y las cartas... No pude exprimirla, como usted dice, de manera que...

Le descargué un mazazo en el estómago con tanta furia que temí sacar el puño por su espalda. Berreó y cayó de rodillas, agarrándose la barriga con las manos crispadas.

—Es usted un puerco, realmente —le espeté—. Una mujer lo definió con esas mismas palabras y veo que tenía más razón que nadie. Y ahora al grano. Usted trató de recuperar esas cartas y las fotos, ¿no es cierto?

—¡Claro que traté de recuperarlo! Pero ella fue más lista en aquella ocasión...

—Siga hablando y no pare hasta que lo haya escupido todo, Link. Tal vez consiga congraciarme con usted y no le aplaste del todo. ¿Sabe quién le robó su botín?

—No sé cómo se llama, pero la misma Lee me lo dijo por teléfono, cuando se supo segura. Estuvo burlándose de mí hasta que colgué...

—Adelante y no se detenga ahora porque puede tropezar con algo duro.

Me miró desde el suelo. Poco a poco sentóse sobre la alfombra y apoyó la espalda contra la pared, jadeante. Su voz estaba rota por un desagradable siseo causado por los huecos de los dientes que habían volado.

No obstante, había aprendido la lección y prosiguió:

—Ella me dijo que había encargado a un ladrón profesional el trabajo de robarme las cartas y lo demás... el tipo lo hizo y le entregó a ella los clisés, las fotos..., todo.

—Narices.

—¿Cómo?

—El fulano que realizó la faena se quedó con una copia de cada fotografía y con las cartas. A ella sólo le devolvió los clisés.

—Hombre, eso sí que me alegra. De manera que alguien ha estado exprimiéndola todos estos años, ¿eh, matón?

—No puede decirse que la haya exprimido. Desde luego, se conformó con sacarle pequeñas cantidades. Pequeñas relativamente, claro... Usted no hubiera tenido suficiente con seiscientos *pavos* al mes.

—Valiente imbécil... ella tenía acceso a los millones de su marido...

—El que hizo el trabajito no quería complicaciones. Estableció esa especie de renta y pensó vivir en paz el resto de sus días. No era muy ambicioso.

—¿Era?

—Ha muerto.

—Bueno, al diablo con todo esto. ¿Qué pinta usted en el embrollo?

Pasé por alto su pregunta y le hice otra:

—¿No le dio ella el nombre del ladrón que le había birlado el material?

—No. Ojalá me lo hubiese dicho... el muy hijo de perra.

—Okey, es cuanto quería saber. Creo que todavía conservo mis dotes.

—¿Sus qué?

—Dotes. Cuídese, Link, o no habrá una sola mujer que de un centavo por su físico tal como ha quedado.

—Ya volveremos a vernos.

Salí y cerré la puerta, descendiendo al vestíbulo por las escaleras. El recepcionista me sonrió sin entusiasmo.

—¿Todo bien?

—Perfecto —asentí—. Míster Link está encantado de que le haya visitado.

No me creyó una palabra y lo dejé bastante preocupado pensando en el huésped que él había vendido.

Mientras manejaba el coche por las anchas avenidas de Beverly Hills pensé en Cintia, en su herencia y en sus hermosos veinte años. Al llegar a este punto cambié el rumbo de mis reflexiones para concentrarme en otra mujer cuyas fotografías estaban en mi despacho...

Aquella dama se había cansado de pagar sus seiscientos dólares mensuales. ¿Por qué, si tenía millones? El riesgo de cometer un asesinato no compensaba el beneficio que pensaba obtener.

Recordé la llamada telefónica a Cintia, me distraje y por poco no lancé el coche por un terraplén al fondo del cual se deslizaba la cinta gris de la carretera en una de sus innumerables curvas.

«Vaya, vaya, pensé, así que te has precipitado. Para que uno se

fie de las mujeres que se dejan fotografiar desnudas...»

La residencia de los Holman era ni más ni menos que lo que cabe esperar de un millonario que ha decidido establecerse en Beverly Hills. Cuando estacioné mi coche delante de la iluminada verja lo hice casi acoplejado por la larga fila de rutilantes «últimos modelos», chóferes con gorra de plato y estilizados autos deportivos de importación.

Por lo visto, los Holman daban una fiesta aquella noche. Esa alegre circunstancia me facilitó la entrada a los extensos jardines, de manera que pude llegar a la casa sin que nadie se ocupase de mí en absoluto.

Parejas elegantemente ataviadas paseaban entre la vegetación. De vez en cuando, un susurro apenas musitado delataba la presencia de alguien que había encontrado un discreto refugio. La piscina era una antorcha de luz alrededor de la cual bailaban una multitud de parejas. Todos los enormes ventanales practicables de la casa estaban abiertos y surgía gente por todas partes. Encontrar a la hermosa Lee entre aquel alboroto iba a ser punto menos que imposible.

Busqué una idea brillante para solucionar el problema, pero no se me ocurrió nada satisfactorio. Todo el mundo vestía de etiqueta y las mujeres mostraban abundantes y extensos escotes. Yo lucía un traje gris arrugado y que había conocido mejores tiempos, de manera que tan pronto un sirviente cualquiera me echase la vista encima las cosas se pondrían muy difíciles para mí.

Me aparté de la aglomeración hasta hallar un lugar desierto, junto a una balaustrada protegida por unos arriates de flores.

Saqué un cigarrillo, lo encendí, y en el mismo instante una voz susurrante exclamó junto a mi nuca:

—Mi querido hombre fuerte...

Me volví en redondo. Bárbara Milton estaba tan pegada a mí que su altivo busto presionó mi pecho cuando levantó los brazos.

—¿Qué diablos...?

Sus manos se enroscaron en mi nuca, se elevó a pulso y sus labios quedaron atornillados a los míos como si aquél fuera su lugar natural y lógico.

Tuve la sensación de que la noche estallaba en luminaria y el mundo oscilaba en sentido contrario al de su rotación...

CAPÍTULO X

Cuando volví a la superficie respiré hondo y traté de apartarla de mí lo suficiente para verle la cara.

—No me diga que ha enviudado, cariño —dije con voz que salió de alguna caverna.

—¿Para qué? En esta clase de fiestas las cosas suceden y después se olvidan.

—Qué le parece. Así de sencillo, ¿eh, linda?

—Bésame, Mann... Todavía recuerdo tu nombre.

—Yo no olvidaré el tuyo por lo menos en un mes. Y haz el favor de soltarme porque estoy trabajando, ¿te das cuenta?

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Mira, tú puedes ayudarme —dije de pronto—. Busca a Anne Holman y tráela aquí, ¿quieres? Después podremos proseguir esta conversación.

—¿Por qué la prefieres a ella antes que a mí? No me gusta recoger las sobras de nadie.

—¿Qué sob...? Oh, demonios, no es eso, preciosa. Quiero hablar con ella de algo importante. Cuando termine seré un hombre libre. Te perteneceré por completo, ¿entiendes?

Me miró con desconfianza. Afortunadamente, estaba lo bastante oscuro como para que no pudiera darse cuenta de la falsedad de mis promesas. Si había algo que no deseaba aquella condenada noche era meterme en líos con una estrella de la pantalla.

—Está bien —accedió al fin, balanceándose un poco sobre sus pies—; te la traeré, pero después no podrás escapar, ¿conforme?

—Palabra de honor —dije, cruzando los dedos sin que ella los viera.

Se alejó. Supuse que había trasegado un par de docenas de

combinados o algo así a juzgar por cómo se encontraba.

Sea como fuere, no tardó más de diez minutos en estar de vuelta, guiando a Lee, o Anne Holman, como se llamaba en realidad. Al verla, comprendí el interés de los fotógrafos por captar cada detalle de aquel cuerpo. Iba enfundada en un vestido de *lamé* dorado que se adaptaba a sus prietas formas como una segunda piel. El profundo escote pregonaba que, a pesar de los años transcurridos desde que posaba ante las cámaras, no necesitaba artilugios para mantener la agresividad de sus curvas.

—Bárbara me ha dicho que deseaba usted verme...

Tenía una voz un poco ronca, sensual. Miré a Bárbara y le dije suavemente:

—¿Quieres dejarnos solos, querida? Te buscaré cuando termine.

—Te arrancaré la piel si me engañas, Mann.

Esperé a perderla de vista antes de volverme otra vez de cara a la despampanante belleza dorada que tenía junto a mí.

Fue ella quien primero habló con acento despectivo.

—Podría limpiarse el carmín de la cara, míster Leighton...

—¡Diablos!

Lo hice valiéndome de mi pañuelo. Bárbara había dejado su marca de fábrica.

—¿Le parece bien así? —Gruñí con disgusto.

—No me parece bien de ninguna manera. Le ruego que sea breve. Tengo muchos invitados esta noche.

—Ya me he dado cuenta. He venido a hablarle de Fred O'Connor.

—¿No estará usted confundido? Jamás he conocido a nadie de ese nombre.

—¿No lee los periódicos?

—Casi nunca.

—Ya veo. Entonces será mejor que hablemos de Charlie Polk.

Ese nombre sí la impresionó. Llevóse las manos al pecho en un gesto instintivo y me miró con evidente temor.

—Usted..., usted es detective privado según me ha dicho Bárbara...

—Así es.

—¿Qué ha venido a buscar?

—¿De qué tiene miedo?

—¡Por favor! No responda a una pregunta con otra pregunta.

—Se supone que quien hace las preguntas es el detective, así que no se precipite. Usted conocía a Charlie Polk, ¿no es cierto?

—No veo que...

—Ya lo verá. Mire, voy a contarle una historia. Usted me corrige si me equivoco y así acabaremos antes. Esta noche está haciéndose muy larga para mí.

No replicó, por lo que consideré que estaba de acuerdo y proseguí:

—En primer lugar, usted se dejó engatusar por Link hasta el extremo de perder la cabeza y escribirle cartas que echaban fuego por sus cuatro costados. Por su parte, Link no perseguía otro fin conquistándola a usted que el puramente económico, de manera que se encontró con la esposa de un millonario entre las manos y se dispuso a explotar el filón...

—Dicho de esa manera —me atajó—, la cosa suena muy sucia.

—Es que era sucia de arriba abajo. Bueno, a lo que íbamos; Link preparó el escenario para su jugada maestra, instaló una cámara fotográfica automática y aguardó. Cuando la cámara se disparó usted estaba en una situación que... bueno, creo que no es preciso que entre en detalles; usted ha visto las fotos, incluso la ampliación de las manos, a fin de que su marido, en caso de recibir semejante basura, pudiera saber con certeza que la foto había sido tomada después de su matrimonio. ¿Me sigue usted?

Estaba terriblemente pálida, pero asintió con un gesto. Miré a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie en las cercanías. Sólo llegaba hasta nosotros el suave rumor de la gente y los sonos de la orquesta.

—Bueno, supongo que Link consiguió sacarle una buena tajada la primera vez que puso en marcha su plan...

—Veinte mil dólares —musitó.

—Ajá, no estuvo nada mal para empezar. Pero usted comprendió que aquello iba a ser una sangría que tarde o temprano estallaría bajo sus pies como una bomba, tan pronto su marido se diera cuenta de la manera cómo desaparecía el dinero. Entonces buscó un ladrón que fuese capaz de apoderarse de las pruebas que Link tenía contra usted y contrató a Charlie Polk. ¿Fue así?

Asintió con un gesto.

—Okey. Charlie se apoderó de las fotos, las cartas y los negativos. Pero se tomó la molestia de examinar todo aquello, ató cabos y dio un salto de entusiasmo. En sus manos tenía la solución a su aporreada vida. Una renta, eso fue lo que pensó. Nada de sangrar hasta el tuétano a la víctima; sólo el dinero justo para adquirir una casa de segunda o tercera mano y una cantidad cada mes, modesta para usted, pero que a él le solucionaba la vida. Seiscientos dólares. ¿Voy bien, señora Holman?

De nuevo asintió con un gesto, incapaz de hablar. Yo añadí con voz lenta:

—¿Por qué se cansó usted de pagar, Anne?

—No entiendo...

—Ya sabe a lo que me refiero.

Eché un vistazo a mi alrededor. Todo el mundo parecía muy entretenido en la fiesta.

Ella murmuró:

—Yo le pagué... todos los meses...

—Ya no tendrá que pagarle el próximo.

—¿Cómo?

—¿No sabe que Charlie ha muerto?

—Claro que no lo sabía... —se interrumpió y un vivo sobresalto la agitó de arriba abajo—. ¡Dios santo, las fotos!

—Las tengo en mi poder, si eso ha de tranquilizarla.

Reinó un largo silencio. Hasta que ella lo rompió con voz sorda.

—Comprendo. De ahora en adelante será usted quien cobre todos los meses. ¿Es eso lo que ha venido a decirme?

—¿Usted qué cree?

—Sucio bastardo...

—Me han llamado cosas peores, pero nunca asesino. Y eso es lo que van a llamarla a usted a partir de esta noche.

Tensé todos los músculos de mi cuerpo. Ella se tambaleó y necesitó apoyarse en la balaustrada.

—¿Qué ha dicho?

Le sonreí, tenso.

—Charlie fue asesinado... Degollado para ser exactos.

—¡No!

—Sin gritos, linda, o atraeremos a toda esa gente.

—No..., no puedo creerlo... usted...

—Tonterías.

Hubo un revuelo entre las flores y una mancha oscura se destacó de ellas como una aparición. Una aparición que empuñaba un revólver.

—Ya ha hablado usted demasiado —dijo la sombra.

La mujer desorbitó los ojos.

—¡Barney! —exclamó.

—Vete a tu habitación, querida...

—Pero, Barney, ¿qué piensas hacer?

—No te preocupes. Déjanos solos, amor mío. No vas a sufrir más por culpa de esos cuervos, no volverán a morderte jamás.

Ella comenzó a retroceder paso a paso, con la boca abierta de estupor y los ojos desorbitados.

—¡Barney! —susurró.

El hombre ni la oyó. Toda su atención estaba fija en mí.

Yo dije:

—Bueno, Holman, ¿va a liquidarme aquí, en medio de su fiesta? No dudo que será una atracción original, pero puede proporcionarle muchos quebraderos de cabeza.

—Tengo magníficos abogados especializados en sacarme de todos los líos en que pueda meterme. Declararé que he sorprendido a un ladrón y asunto terminado.

—Demasiado fácil. Cuando mató a Charlie utilizó un cuchillo... ¿Ha cambiado de táctica?

—No tenía ninguna otra arma a mano aquella noche. Pero ahora tengo el revólver..., el revólver de aquella sabandija que atormentaba a Anne.

Aspiré hondo. En el fondo de la terraza vi cómo la mujer vestida de oro desaparecía en el interior de la casa.

—Hay una cosa más todavía —dije—. Las fotos y las cartas. Si me mata jamás las conseguirá.

Eso le hizo mella.

—¿Dónde las tiene?

—En mi bolsillo interior. Un balazo y la sangre las empapará. No tendrá usted tiempo de registrarme antes que lleguen todos los demás atraídos por el estampido.

—Es usted repugnante... y estúpido. Toda la maldita raza de cuervos, son repugnantes. Yo he visto a Anne llorar cuando pensaba

que no podía descubrirla... Supe por qué lloraba...

—Deje el revólver, Holman. Las fotos serán quemadas, al igual que las cartas...

—¡Nunca! Maldito..., levante los brazos.

Bueno, había mordido el anzuelo. Un millonario de vida muelle no puede conocer los trucos de los hombres de acción. De manera que levanté los brazos y él se acercó hasta incrustarme el revólver en un costado.

—No se mueva.

Su mano izquierda se deslizó hasta el bolsillo interior. En el mismo instante, sin apresuramiento alguno, como si fuera un movimiento completamente natural, bajé el brazo y dije:

—No es éste, en el otro bolsillo...

Antes que comprendiera lo que sucedía, mi brazo golpeó salvajemente su mano armada apartándola de mi cuerpo. Sonó un estampido que ahogó el vocerío de la fiesta. Me revolví como una fiera y con la mano izquierda sujeté su muñeca armada, mientras con la derecha le aplicaba un mazazo al mentón que lo levantó del suelo.

El revólver ladró una vez más. Docenas de pies corrían por el jardín, acercándose a donde estábamos. Los gritos de los invitados se mezclaban con el ruido de las carreras, y, por encima de todo ello, un nuevo disparo atronó la noche mientras Holman y yo rodábamos como dos bestias salvajes en mortal abrazo.

Alguien dominó el griterío con un vozarrón de mando:

—¡Quédense quietos donde están! ¡Qué nadie se mueva!

Holman realizó un desesperado esfuerzo por liberar su mano armada. Retorció el brazo mientras trataba de morderme la muñeca.

Entonces alguien me sujetó por el cuello tirando de mí hacia arriba. Repentinamente, el revólver ladró una vez más y la cara de Barney Holman se deshizo entre un surtidor de sangre.

—¡Por todos los diablos...!

Me encontré sujeto por un tipo fuerte y de cara ruda.

—¡Policía! —aulló el gorila—. Muévase y le mato, cerdo.

Quedé quieto y él me arrastró hasta el interior de la casa. Dos tipos más de su misma catadura se le unieron. Resultó que eran policías destacados en la fiesta para evitar cualquier robo. Estaban

desesperados por lo sucedido. Iban a ganársela buena.

Pero de momento, quien se la ganó fui yo. Me zarandearon de tal manera que una hora más tarde, cuando llegó el teniente Dillon, ya no sabía dónde tenía la mano derecha.

FINAL

Amanecía cuando me soltaron, después de horas y horas de declaraciones sin fin. Afortunadamente, Dillon se dio por satisfecho con mis declaraciones y decidió olvidar el asunto de las fotos y las cartas.

—Dígale a la viuda que todo eso lo quemaré en cuanto llegue a mi despacho —le dije al despedirnos—. A menos que ella prefiera hacerlo personalmente.

—Se lo diré.

Me encaminé a mi coche. Ya casi no quedaba nadie en los frondosos jardines, pero al llegar cerca de la verja una ondulante silueta se destacó de las sombras y se enroscó a mi cuello.

—Sabía que vendrías —susurró Bárbara, casi inconsciente a causa de la bebida—. Ésta es nuestra fiesta...

—Y la de Cintia —dije.

—¿Qué?

—Nada.

La tomé en brazos, levantándola del suelo. Ella pataleó en el aire, riendo bobamente.

—Sabía que vendrías... y eres tan fuerte que...

Su voz se extinguió y la cabeza le cayó a un lado. Bueno, después de todo, eso facilita las cosas.

Encontré un «Cadillac» último modelo en primer lugar. Abrí la portezuela y deposité el duro cuerpo sobre el asiento. Cerré y me alejé en busca de mi propio cacharro, contento de cómo habían terminado las cosas.

Sólo quedaba un problema por resolver. Me parecía tan difícil como la cuadratura del círculo. Treinta y siete años... y ella veinte. ¿Cómo podía ajustarse esa diferencia?

Lancé el coche como un bólido por la avenida. Desesperadamente, confié en que Cintia fuese una excelente matemática y pudiera resolver el problema a satisfacción.

Aunque tuviera que resolverlo con sus frescos y suaves labios, naturalmente.

FIN

LOS GANGSTERS



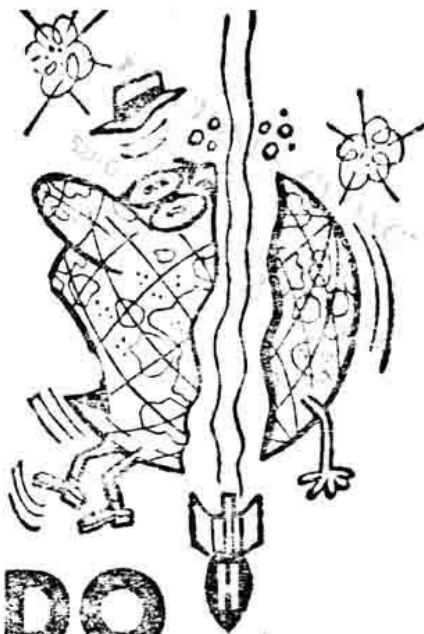
ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los oscuros años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

PARU ZAS

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros.
Los científicos que trabajan para la guerra
pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en
Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA S. A.



COMO OPERA EL F. B. I.

¿Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



— EDITORIAL BRUGUERA, S. A. —



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*
